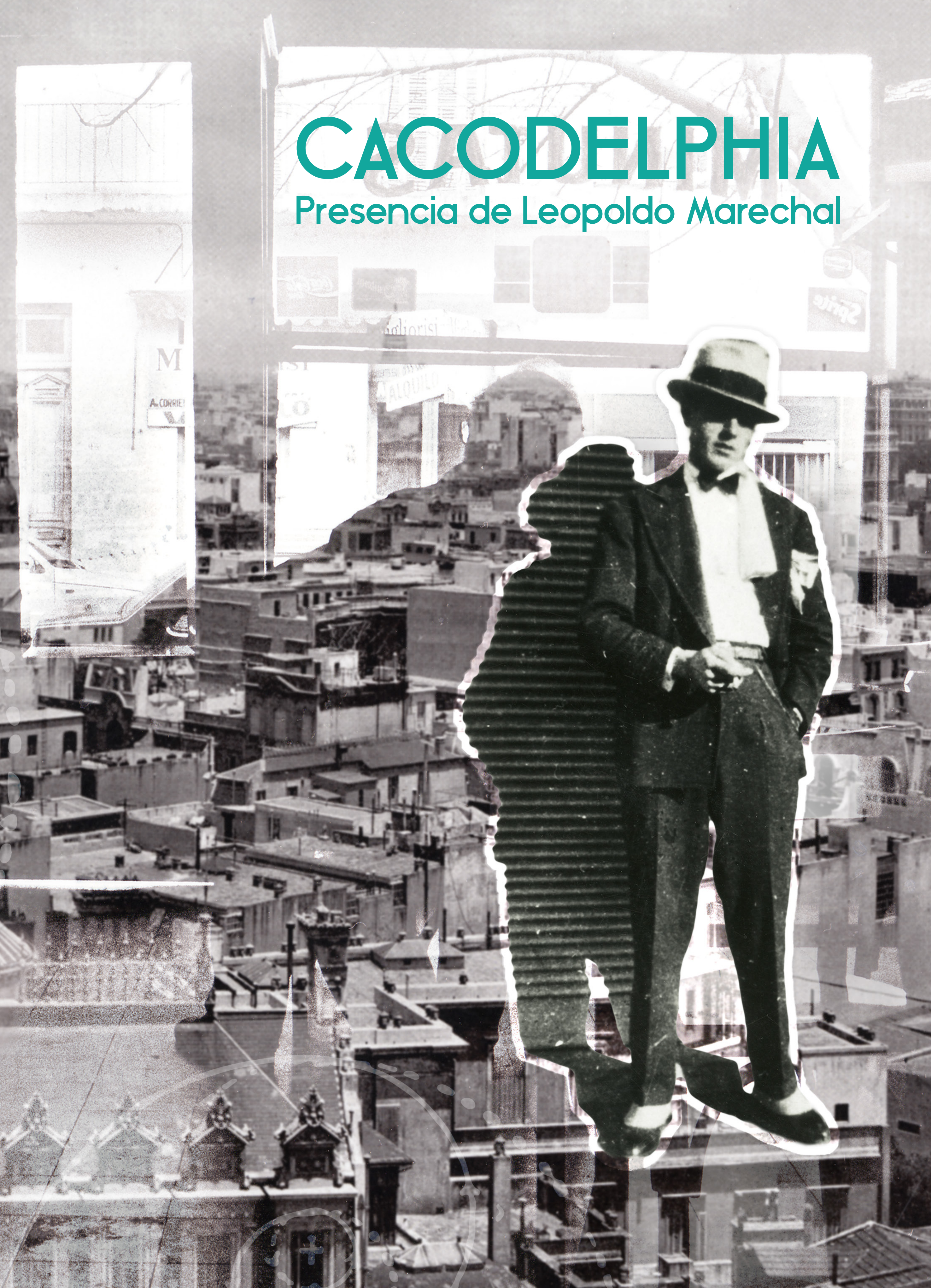


CACODELPHIA

Presencia de Leopoldo Marechal

CACODELPHIA
Presencia de Leopoldo Marechal



Del 26 de junio al 29 de julio de 2015
Sala Juan L. Ortiz
Biblioteca Nacional Mariano Moreno



El arquetipo que ríe: Leopoldo Marechal

Es la escritura adánica. La del nacimiento del día, antes que del mundo. El despertar es el fundamento de la realidad en Marechal, pues allí comienzan a develarse, uno a uno, los sentidos del reconocimiento de lo físico, lo animal, lo vegetal, lo anímico, lo mitológico. Nunca deja de acompañarlo un aire sarcástico, una intrincada armazón de situaciones que hace de la literatura un arte de conexión de diversos temas, suerte de asociación libre que deja pugnar en su interior una multitud de asuntos que tratan de levantar cabeza. Con la primera percepción del que despierta, nace el mundo doméstico y también el mundo más amplio, terrenal. Es el misterio de la creación que ocurre en una cama del barrio. Todo su texto es una lucha de asuntos por brotar o despertar. Marechal es el maestro del manejo simultáneo de situaciones que sólo es posible si todo suceso tiene envergadura mítica y a la vez deja que lo toque lo irrisorio del cotidiano.

El escritor, sabiamente, va mostrando todo lo que pugna por salir, sin dejar de filtrar en esa vocación exhibicionista, una alegoría del primer día de la creación, pues narra como si todo acabara de nacer. Y, por supuesto, como si todo hubiera sido inventado por él unos minutos antes de darle paso al flujo narrativo, que parece una planicie sin tiempo ni espacio, un recinto onírico donde todo flota sin otra responsabilidad que la de pasar de objeto físico a objeto viviente. Asombra que no haya nexos de pasaje entre lo egregio y lo popular, todo ocurre en la punta de una varita de prestidigitador. La vulgaridad llena de gracia chula convive con las finuras del glosario de los exquisitos dioses de la antigüedad. No es fácil hora, al afirmar que no existen nexos corrientes para el pasaje de una situación a otra, definir qué noción de mito invoca Marechal. Lo mínimo que puede observarse es que es un eco, que a cada reiteración suma una contenida carcajada, que surge de los momentos iniciáticos de la literatura antigua más excelsa. ¿Cuál sería la lógica que mantiene unidas tantas dimensiones del relato?

Digamos: esa lógica es una suerte de ilación casual, lo que fluye en el alma alegórica del escritor –que prefigura a la Maga en su sustracción de ligazones articulantes–, y que se maneja como irrupciones humorísticas en las que predomina el humor por contraste, el monumento antiguo ya inscripto en el dominio grandioso de la cultura y su réplica –como un movimiento tectónico– en las afueras del sistema, donde los dioses y los héroes son poseedores de la gracia del esperpento profético, vidente y redentor de una esquina porteña. Veamos –en *Adán Buenosayres*– el caso del quimono chino de Samuel Tesler, tema proveniente del escudo de Aquiles, en versión paródica de *La Ilíada*. El quimono de Tesler es descripto como en un contrapunto con el escudo de Aquiles, salvadas las diferencias entre el escudo y la ropa de dormir, lo que le permite a Marechal uno de los tantos gambitos de su humoresca.

Repetimos entonces un fragmento de *Adán Buenosayres* que lector hallará significativo sobre el célebre quimono de Samuel Tesler:

> El quimono era de seda color amarillo huevo, y tenía dos caras: la ventral o diurna y la dorsal o nocturna. En la cara ventral y a la derecha del espectador se veían dragones neo-criollos que alzaban sus rampantes figuras y se mordían rabiosamente las colas; a la izquierda se mostraba un trigal en flor cuyas débiles cañas parecían ondular bajo el resuello de los dragones. Sentado en el trigal fumaba un campesino de bondadosa catadura: los bigotes chinescos del fumador bajaban en dos guías hasta sus pies, de modo tal que la guía derecha se atase al dedo gordo del pie izquierdo y la guía izquierda al dedo gordo del pie derecho del fumador. En la frente del campesino se leía la empresa que sigue: "El primer cuidao del hombre es defender el pellejo". El área pectoral exhibía a un elector en éxtasis que depositaba su voto en un cofre de palo de rosa lustrado a mano: un ángel gris le hablaba secretamente al oído, y el elector lucía en su pecho la siguiente leyenda: "Superhomo sum!". En la región abdominal, y bordada con hebras de mil colores, una República de gorro frigio, pelo azul, tetas ubérrimas y cachetes rosados volcaba sobre una multitud delirante los dones de una gran cornucopia que traía en sus brazos. A la altura del sexo era dado ver a las cuatro Virtudes cardinales, muertas y llevadas en sendos coches fúnebres al cementerio



de la Chacarita: los siete Pecados capitales, de monóculo y fumando alegres cigarros de banquero, formaban la comitiva detrás de los coches fúnebres. En otros lugares de la cara ventral aparecían: el preámbulo de nuestra Constitución escrito en caracteres unciales del siglo VI; los doce signos del Zodíaco representados con la fauna y la flora del país; una tabla de multiplicar y otra de sustraer, que resultaban idénticas; las noventa y ocho posiciones amatorias del *Kama Sutra* pintadas muy a lo vivo, y un anuncio del Doctor X, especialista en los males de Venus; un programa de carreras, un libro de cocina y un elocuente prospecto del "Ventremoto", laxante de moda. La cara dorsal o nocturna del quimono, la que Samuel Tesler exhibía cuando se daba vuelta, lucía el siguiente dibujo: un árbol cuyas ramas, después de orientarse a los cuatro puntos cardinales, volvían a unirse por los extremos en la frondosidad de la copa. Alrededor del tronco dos serpientes se enroscaban en espiral: una serpiente descendía hasta esconder su cabeza en la raíz; ascendente la otra, ocultaba la suya en la copa del árbol, donde se veían resplandecer doce soles como frutas. Cuatro ríos brotaban de un manantial abierto al pie del árbol y se dirigían al norte, al sur, al este y al oeste: inclinado sobre el manantial, Narciso contemplaba el agua e iba transformándose en flor. Digo, pues, que Samuel Tesler, no bien estuvo de pie, metió el pucho de su cigarrillo en un cenicero y lo reventó con la uña de su pulgar. Luego fue hasta el pizarrón y borró con esmero las anotaciones del día veintisiete. Salió por fin a la ventana y sus ojos dominaron la ciudad, que reía desnuda bajo el arponeo del sol. Entonces, como llevado por una idea fija, tendió un brazo elocuente y mostró los techos de zinc, las terrazas de color ladrillo, los campanarios distantes y las chimeneas que humeaban al viento. –¡Ahí está Buenos Aires! –dijo–. La perra que se come a sus cachorros para crecer.

Aquí podríamos hallar un aspecto delicado y profundo del método marechaliano. En primer lugar, un remedo a sabiendas del escudo de Aquiles, que contiene una celebrada descripción de costumbres y paisajes de los tiempos arcádicos. Luego, una adaptación tan hilarante como preocupada de la percepción intelectual de la Argentina, en tanto ente metafísico y trastocado, con sus piezas sueltas que van de lo cómico y de la ironía sexual a una gauchesca mordaz. También, un arco alusivo que va desde un laxante hasta el mito de Narciso. Y luego, el saludo profético de Tesler con su nota en falsete, la declaración de amor y de reserva sobre Buenos Aires, la ciudad que alberga ciudades secretas e infernales, a la que hay que explorar, indagar, perdonar y vituperar. El quimono de Tesler, a la vez, remeda lo que serían las imágenes-grafos de Xul Solar (el astrólogo Schultze). El personaje de *Adán Buenosayres* es la ciudad diabólica que en su nombre devora a la ciudad cotidiana, y la Ciudad le da su nombre a su propio homo sapiens creatus, que también debe alimentarse metafísicamente de ella.
Muchos vieron surrealismo y náusea en los personajes marechalianos (Cortázar, que mucho le debe), otros lo enviaron obviamente a las experiencias con el lenguaje realizadas por Joyce, y no pocos se fijaron en los paralelismos con Rabelais. El quimono de Tesler posee motivos del astrólogo Schultze, y si asumiera formas de pictogrifos esotéricos, podría ser el remedo literario de una pintura de éste, siempre que sea deducida la falta de ingenuidad con que trata Marechal esa pieza, pues desea que el lector encuentre claves en ella y se ría de su propio desasosiego al percibir que cada clave se deshace en el aire y deja en pie los cimientos de una novela de ronda, acecho y exorciso. *Buenos Ayres* se conjura y es conjurada, todos ascienden y descienden a la belleza a través de su encuentro y desencuentro equívoco con personajes del pasado literario nacional. Y en un rasgo que nada tiene que envidiarle a los climas latinoamericanos de la novela de aquel tiempo, no descarta las latencias de una razón antropofágica ni la oscura diversión del ocultismo y la astrología que juega con las claves de los nombres como en una rayuela.

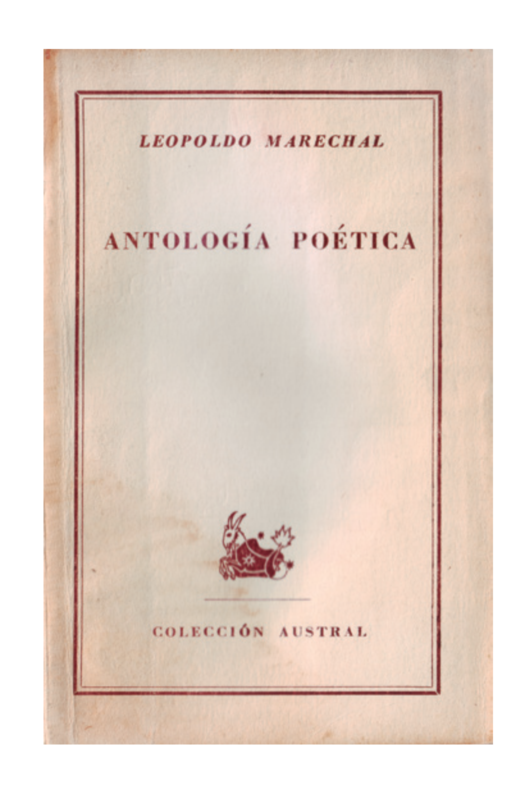
Horacio González
Director de la Biblioteca Nacional Mariano Moreno

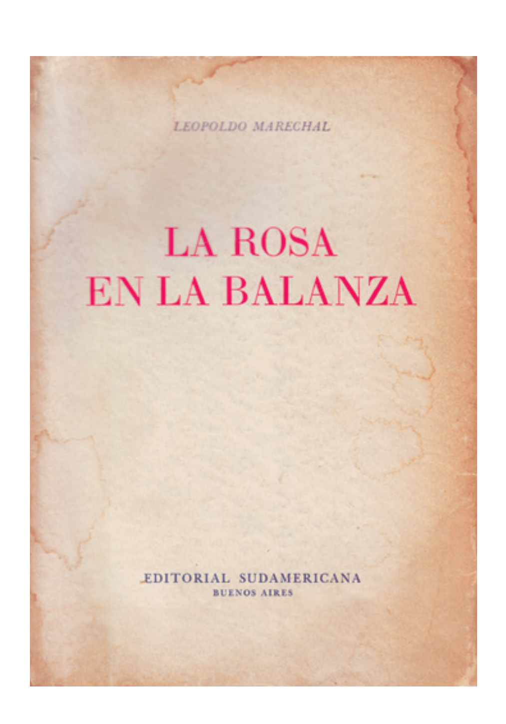

ia.

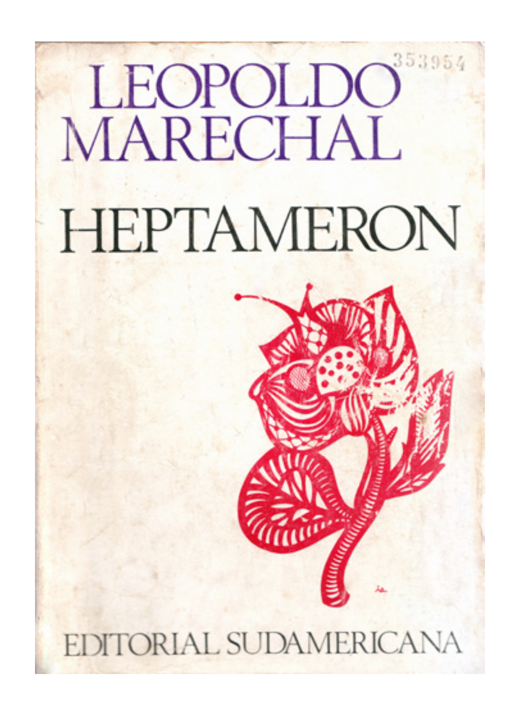


Poesía





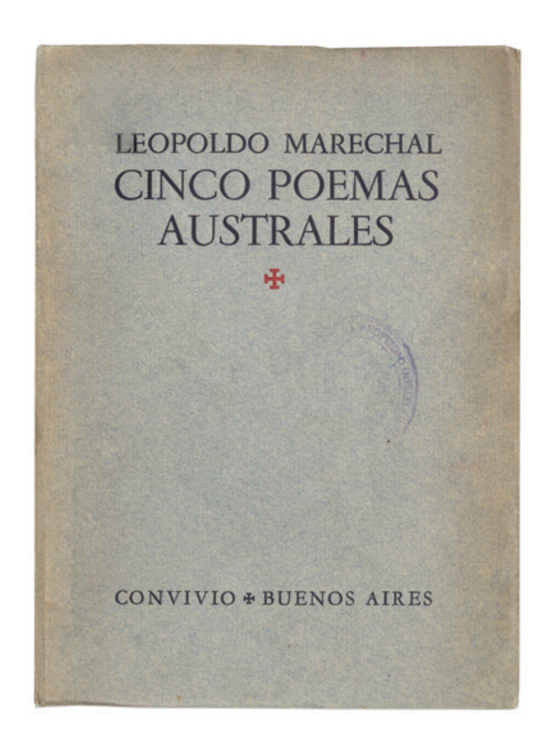


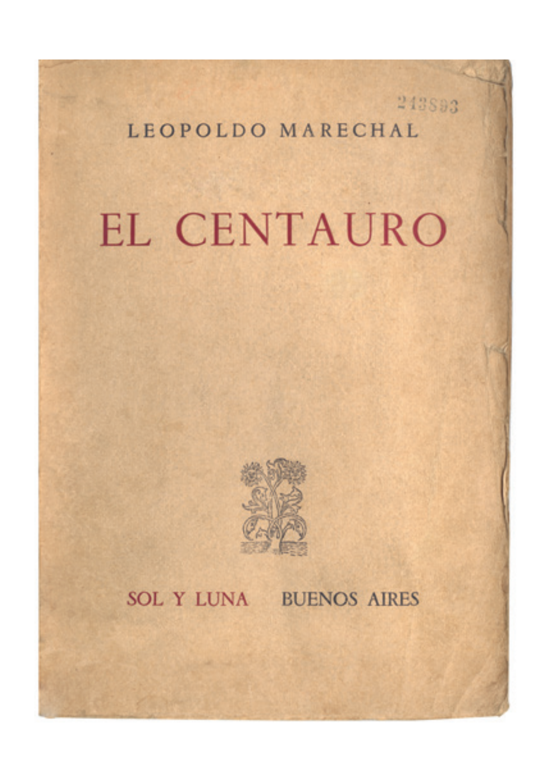


• *El viaje de la primavera*, Buenos Aires, Emecé, 1945. • *Antología poética*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1950. •
• *La rosa en la balanza*, Buenos Aires, Sudamericana, 1944. • *Heptamerón*, Buenos Aires, Sudamericana, 1966. •



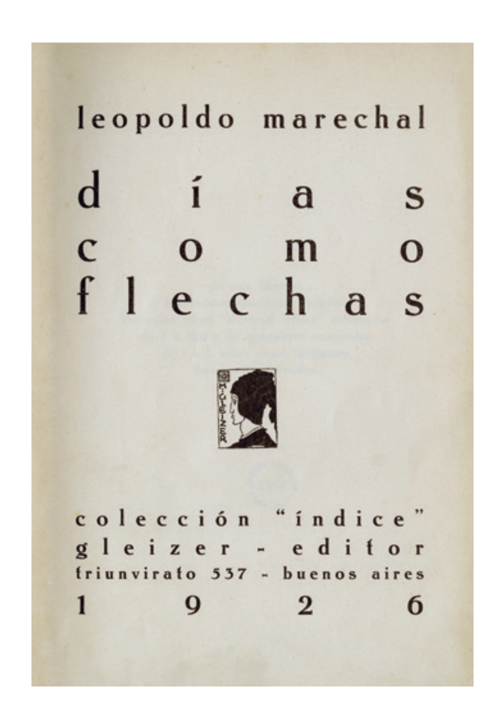


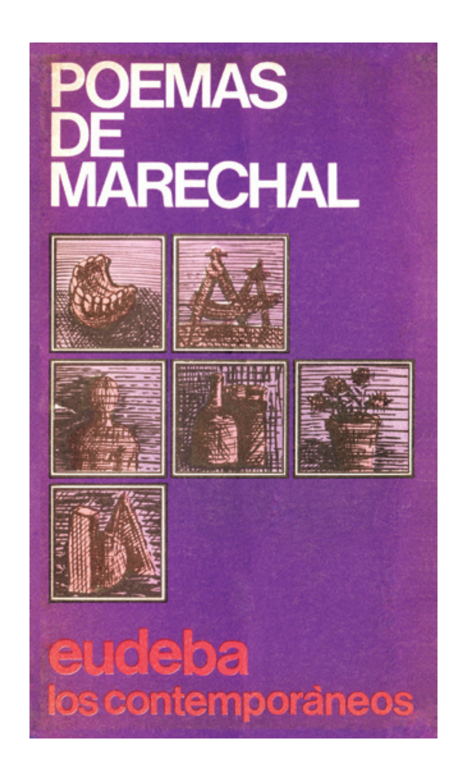




• *Laberinto de amor*, Buenos Aires, Sur, 1935. • *Los Aguiluchos*, Buenos Aires, Gleizer, 1922. •
• *Cinco poemas australes*, Buenos Aires, Convivio, 1937. • *El centauro*, Buenos Aires, Sol y Luna, 1940. •

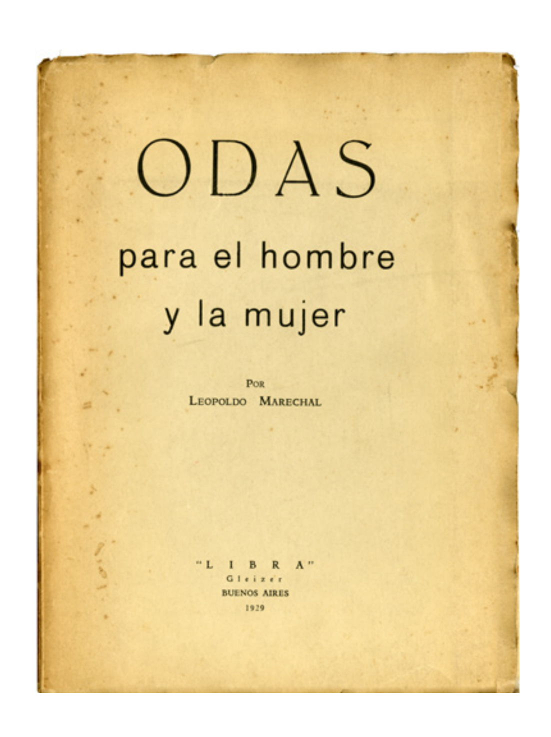


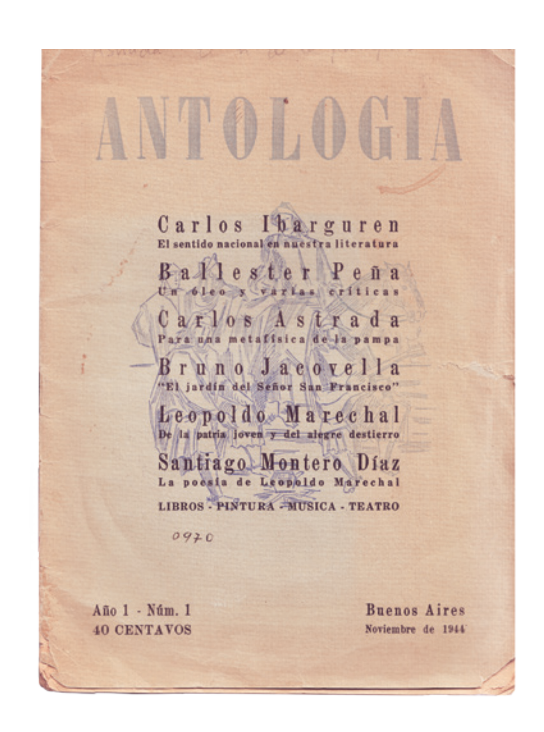


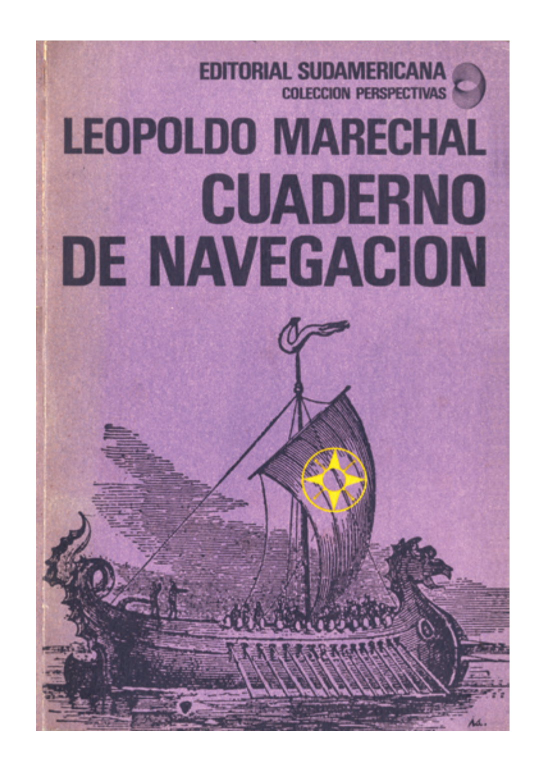


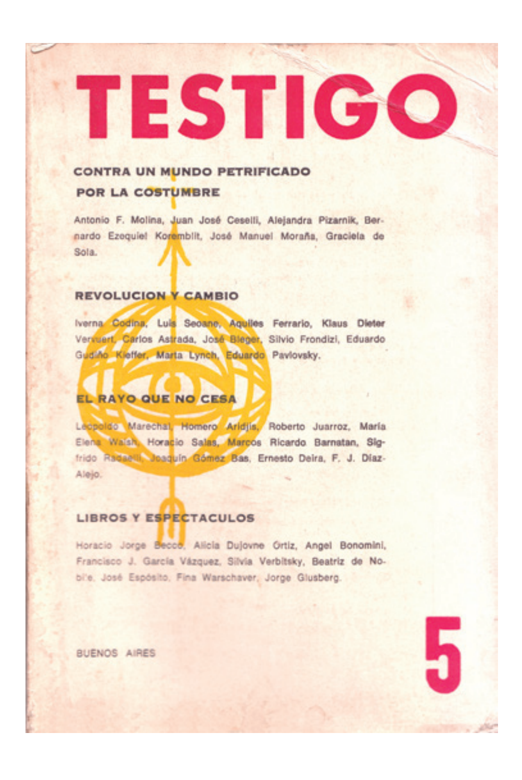


• "Cantata Sanmartiniana", *Sexto Continente*, n.° 5, Buenos Aires, septiembre de 1950. • *Días como flechas*, Buenos Aires, Gleizer, 1926. •
• *Poemas de Marechal*, Buenos Aires, Eudeba, 1966. • *Antología poética*, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1969. •









• *Odas para el hombre y la mujer*, Buenos Aires, Gleizer, 1929. • Santiago Montero Díaz, "La poesía de Leopoldo Marechal", *Antología. Revista Mensual de Literatura, Artes y Ciencias*, Año 1, n.° 1, Buenos Aires, noviembre de 1944. •
• *Cuaderno de navegación*, s. d., 1966. • "Poemas", *Testigo*, n.° 5, Buenos Aires, enero-marzo de 1970. •



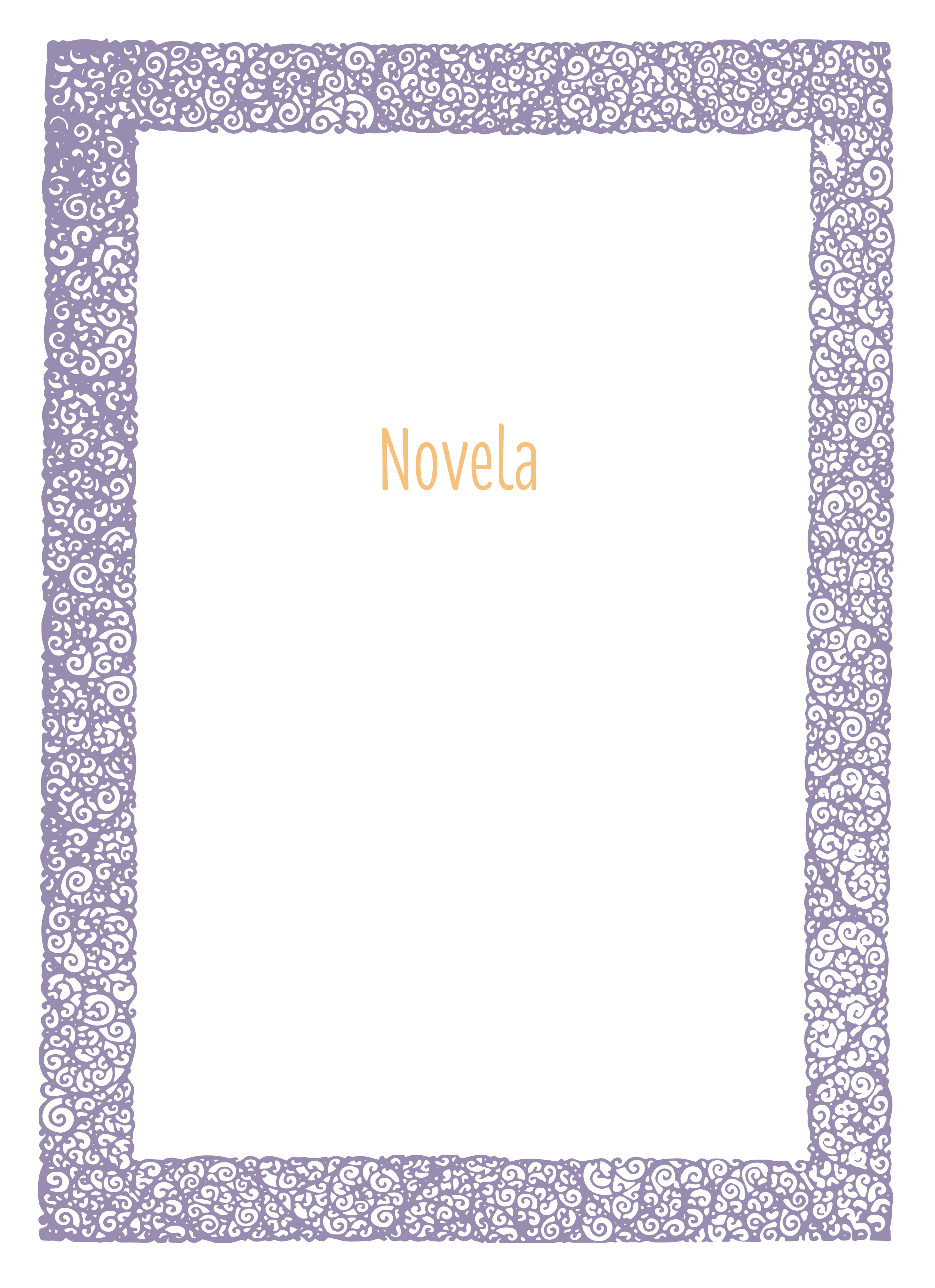
• *Descenso y ascenso del alma por la belleza*, Buenos Aires, Sol y Luna, 1939. • "Primer Cancionero Elbitense", *Testigo*, n.° 2, Buenos Aires, abril-mayo-junio de 1966. • *Sonetos a Sophia y otros poemas*, Buenos Aires, Sol y Luna, 1940. • *Congreso Nacional de Historia del Libertador, 1950. Canto de San Martín*, Universidad Nacional de Cuyo. • "Tres temas sobre la pasión", *Estudios*, tomo 87, n.° 462, Buenos Aires, mayo-junio de 1954. • *Pequeña antología*, Buenos Aires, Ene, 1954. • *Libra*, Año 1, n.° 1, Buenos Aires, Gleizer, 1929. Fundada por Leopoldo Marechal. •



• Julio Fernández
Adán Buenosayres
Mención especial, Concurso fotográfico “Los lugares de *Adán Buenosayres*”, 2000



Antonio Seguí
Los sueños de Aniceto (detalle), 1985



Novela


nosayres
MARECH
ADAN
BUENOSAYRES
ESCUDO DE LA CIUDAD
Leopoldo Marechal
ADÁN
BUENOSAYRES
LEOPOLDO MARECHAL
ADAN
BUENOSAYRES
Leopoldo Marechal
Adán Buenosayres



Adán

En cierta mañana de octubre de 192…, casi a mediodía, seis hombres nos internábamos en el Cementerio del Oeste, llevando a pulso un ataúd de modesta factura (cuatro tablitas frágiles) cuya levedad era tanta, que nos parecía llevar en su interior, no la vencida carne de un hombre muerto, sino la materia sutil de un poema concluido.
(…) Arrodillado sobre la tierra gorda, Samuel Tesler oró un instante con orgulloso impudor, mientras que los enterradores aseguraban en la cabecera de la tumba una cruz de metal en cuyo negro corazón de hojalata se leía lo siguiente:

ADÁN BUENOSAYRES
R. I. P.

(…) Desde la calle Monte Egmont no subía ya el aroma de los paraísos, como en la bárbara primavera de Irma (y Adán le había dicho que sus ojos eran iguales a dos mañanas juntas, o quizá la besó), sino el aliento del otoño pesado de semilla y fragante de hojas muertas.

(…) Y ahora las ninfas del zaguán. ¡Atención! (…) Lindas como demonios, ¡y fuertes! Armadas para el combate: línea de reducto, parábolas de fortaleza, curvas y ángulos de bastión. Hechas para la ofensiva y la defensiva. Y graciosas como cachorros. Dan ganas de acariciarles la grupa como a potrancas, o de molerlas a palos.

(…) ¿Y qué decir ahora de Solveig Amundsen? Todo y nada. Solveig Amundsen era la materia prima de toda construcción ideal o el barro con el que se amasan todos los ensueños, y era todavía indescriptible, como un agua que no ha tomado aún ninguna forma ni se ha vestido de ningún color. Silenciosa y prieta de misterio, Solveig enrollaba y desenrollaba el Cuaderno de Tapas Azules.

(…) –¿Quiénes son esas mujeres lujosas? –le pregunté a Schultze.
–Las Ultra –me respondió él–. Ultracortesanas, ultrapoetisas, ultraintelectuales: superhembras templadas como laúdes.
–¿Cómo?
–Son las que a fuerza de suspiros arruinaron el barniz de las horas; las que torcieron e hilaron el vellón de la melancolía; las que se mamaron de inefables nostalgias todos los martes, de 18 a 19 horas; las que frente a lujosos espejos parodiaron las treinta y dos posturas del alma racional; las que con sus falopiales bocinas intentaron dar el sonido puro del intelecto; las que…

(…) En seguida y sin detener la marcha, Samuel Tesler hizo brillar su encendedor ante cada uno de los rostros amigos; así fue como las cuatro figuras todavía incógnitas salieron de su anonimato. Por orden riguroso de iluminación eran las que siguen: Luis Pereda, criollista teórico, llamado hasta poco antes “el hombre fortachón y bamboleante como un jabalí ciego”; Arturo del Solar, criollista práctico, que a la sazón oficiaba de guía; Franky Amundsen, *speaker* y animador, conocido por “el de la voz humorística”; y el petiso Bernini; sociólogo al que veníamos llamando “el hombre de la talla diminuta.

(…) –El señor Schultze, astrólogo; el señor Amundsen, globe trotter; el señor Tesler, filósofo; el señor Pereda, criollósofo y gramático; el señor Bernini, moralista, polígrafo y boxeador.

(…) En la ciudad de Trinidad y puerto Santa María de los Buenos Aires existe una región fronteriza donde la urbe y el desierto se juntan en un abrazo combativo, tal dos gigantes empeñados en singular batalla. *Saavedra* es el nombre que los cartógrafos asignan a esa región misteriosa, tal vez para eludir su nombre verdadero, que no debe ser proferido:



“el mundo se conserva por su secreto”, afirma el Zohar. Y no a todos es útil conocer el verdadero nombre de las cosas.

(…) Trenes orquestales entraban en la ciudad, o salían rumbo a las florestas del norte, a los viñedos del oeste, a las geórgicas del centro y a las pastorales del sur. Desde Avellaneda la fabril hasta Belgrano ceñíase a la metrópoli un cinturón de chimeneas humeantes que garabateaban en el cielo varonil del suburbio corajudas sentencias de Rivadavia o de Sarmiento. Rumores de pesas y medidas, tintineos de cajas registradoras, voces y ademanes encontrados como armas, talones fugitivos parecían batir el pulso de la ciudad tonante: aquí los banqueros de la calle Reconquista manejaban la rueda loca de la Fortuna; más allá ingenieros graves como la Geometría meditaban los nuevos puentes y caminos del mundo. Buenos Aires en marcha reía: Industria y Comercio la llevaban de la mano.

(…) El uno a la vera del otro iniciaban ahora el tramo de la calle Warnes comprendido entre Vírgenes y Monte Egmont; y desde aquel punto Adán veía ya claramente la torre de San Bernardo y su reloj ardiendo en la noche como el ojo del cíclope. Detrás de aquella torre adivinaba una figura de piedra cuya mano rota se tendía en el gesto de la bendición; y, como tantas veces, a la sola evocación de aquella imagen, experimentaba él un extraño desasosiego, como si desde aquellas alturas alguien lo estuviese llamando, como si densas cortinas de sombra se interpusieran entre Adán y la voz que lo llamaba.

(…) –¡Yo te conjuro, doña Logistila, por el Dios vivo Él, Ehome, Etrha, Ejel Aser, Ejech Adonay Iah Tetragrammaton Saday Agios Odier Agía Ischiros Athanatos, amén! ¡Yo te conjuro a que te me aparezcas en figura grata, sin ruido ni mal olor, y a que respondas y obedezcas!
Terminado el conjuro, Schultze y yo escuchamos, bien que sin oír maldita la cosa. Pero, súbitamente, una ráfaga de viento cayó sobre el ombú, que se puso a chiflar por cada una de sus ramas. Duró un instante, y oímos en seguida un furioso torear de perros que se nos acercaban a la carrera.
–¡Ya va, ya va! –gritó alguien en la noche–. ¡Juera, Canelo! ¡Juera, Diente! ¡Juera, Pastor!
–Güenas, hijitos –nos saludó con mucha política.
–Vea, doña –le rezongó Schultze–. ¡A ver si me hace callar esa perrada!
(…) Entonces doña Tecla se restregó las manos, como si se las calentara en un fogón invisible, y barboteó, dirigiéndose a Schultze:
–“¡Lindo fuego!”, decía una vieja y se le quemaba el rancho.
–Sí –le contestó el astrólogo–. Pero no es mal año cuando las viejas paren.
–Tan refranudo y tan desnudo –gruñó la bruja, sin ocultar su despecho.
Se acarició la barbilla, levantó un índice de momia y dijo:
–Con el piquito picotea, con el culito tironea.
–¡La aguja! –respondió Schultze sin vacilar ni un instante.
–Está bien. Pero el que diga tres veces borriquín crespín crespa la cola y crespa la crin, ganará tres borriquines crespines crespas las colas y crespas las crines.
–Por mi parte –retrucó el astrólogo–, tengo una capa garlada, gallarda, garlipitajeada; y al que la garlase, gallardease, garlipitajese, le pagaría una garlada, gallardura, garlipitajadura.

(…) Y entonces perdí el sentido, no como el que se desmaya, sino como quien se duerme. Y aquí el lector que, como yo, se ha metido jugando en esta





suerte de aventura, debe recapacitar un instante sobre si le conviene huir del ombú y regresar a la Buenos Aires visible, que no está lejos, o si, confiando en sus riñones, bajará con nosotros a la Buenos Aires inteligible. Porque no bien trasponga la hendidura y se lance al túnel de los vértigos, ya no podrá volver sobre sus pasos y se hallará en los umbrales de Cacodelphia.

(…) Buscaba yo el simbolismo de un sueño que tuve anoche. Me veía extraviado en una selva, y lleno de angustia buscaba la salida entre árboles y enredaderas hostiles. De pronto, se me apareció un canguro australiano, el cual, sentado sobre sus dos patas inferiores, se puso a mirarme largamente y con el aire de la más negra melancolía. Cerré los ojos un instante y al reabrirlos vi que en el lugar del canguro se alzaba un ropero de tres cuerpos. Me dirigí a él, en busca de una prenda íntima, y al acercarme vi cómo el ropero se disipaba en el aire para dar lugar al canguro australiano. Eché a correr entonces perseguido por el canguro; hasta que al dejar de oír sus grandes zancadas, me detuve, giré sobre mis talones y volví a encontrarme con el ropero.
–Curioso –admitió Samuel–. ¿Ha encontrado en el sueño ése alguna significación oculta?
–No todavía –respondió el Adonis–. Pero ese canguro me tiene preocupado.
Samuel Tesler manifestó aquí una vislumbre de simpatía humana.
–No se alarme –le dijo en tono confidencial–. Yo tuve anoche un sueño peor, y sin embargo, aquí me tiene.
–¿Qué soñó usted? –le preguntó el Adonis.
–Soñé que mi culo era una rosa y que usted la olía.
El Adonis quedó pensativo, tal como si aventurase o repasara textos.
–¡Hum! –dijo por fin–. Esa rosa me da mala espina, y ese culo no me huele del todo bien. Yo que usted me haría psicoanalizar.

Más feo que un susto a medianoche. Con más agallas que un dorado. Serio como bragueta de fraile. Más entrador que perro de rico. De punta, como cuchillo de viejo. Más fruncido que tabaquera de inmigrante. Mierdoso, como alpargata de vasco tambero. Con más vueltas que caballo de noria. Más fiero que costalada de chancho. Más duro que garrón de vizcacha. Mañero como petiso de lavandera. Solemne como pedo de inglés.



LEOPOLDO MARECHAL
EL BANQUETE DE SEVERO ARCANGELO
El Banquete
de Severo Arcáng
Editori
Sudame
EL BANQUETE DE SEVERO ARCANGELO
Leopoldo Marechal
El Banquete de
Severo Arcángelo



El Banquete de Severo Arcángelo

(…) Algunas veces –comenzó a decir Farías– he pensado que la concepción del Banquete monstruoso, tal como se dio en Severo Arcángelo, sólo pudo cuajar en Buenos Aires, porque Buenos Aires, en razón de su origen y de sus todavía frescos aluviones, no es una sola ciudad sino treinta ciudades adyacentes y distintas, cada una de las cuales aprieta su mazorca de hombres y destinos en interrogación.

(…) Todas las palabras han perdido ya su valor originario, su tremenda eficacia de afirmar o negar; todos los gestos han perdido su energía ritual o su fuerza mágica. Lo perdieron en nosotros; en nuestras bocas que hoy parecen duras cajas de ruidos y en nuestros pies de bailarines automáticos. No obstante, las palabras de vida están aún en nosotros, ¿lo están o no mi alma? Sí, lo están, pero como en instrumentos grabadores que las repiten mecánicamente sin entenderlas ya, sin morder su vieja pulpa ininteligible. ¿Qué harás Severo Arcángelo? ¿Qué haría él para resucitar las muertas raíces del júbilo? Crear otras palabras, que digan lo mismo pero sin lastre de cansancio: inventar otros gestos, que digan lo mismo pero con fuerza de liturgia. Entre la espada y la pared, Severo Arcángelo medita su gran obra en laberinto.

(…) –Lo triste sucedió cuando el Burgués, al alcanzar el grado de su refinamiento posible (que no es mucho), se dio a imitar las orgías de Babilonia y los escandaletes romanos. El Capitalismo Burgués, justo es reconocerlo, no inventó la pornografía: le faltaba imaginación para ello. Lo que realmente hizo fue "democratizar" la pornografía, que siempre había sido un lujo minoritario. ¿De qué modo lo consiguió el Burgués? Comunicándole su propia y grosera vulgaridad: primero divulgó y universalizó la pornografía; y en última instancia la "industrializó" para servir a su numerosa clientela.

(…) –En resumen –inquirí brutalmente–, ¿qué se propone Severo con esta organización? O mejor dicho, ¿qué diablos es, o será el Banquete?
Ante mis preguntas los clowns guardaron un silencio en el que se traslucía cierta desazón, malestar o asco indefinible.
–Para responderle –tartamudeó Gog al fin–, tendría que iniciarlo en la doctrina del "hijodeputismo" y de la frontera que separa lo legal de lo ilegal.
–¿Qué frontera? –lo conminé al verlo acorralado.
Magog, no menos confuso, intervino aquí en apoyo de su adlátere:
–La cintura –balbuceó–. Es la línea ecuatorial del hombre. Lo que ocurre al sur de la cintura es ilegal, y lo que ocurre al norte es legal.

(…) ¡He ahí al hombre sublime y asqueroso, al hombre llamado Sí, al hombre llamado NO, al hombre llamado Quizás, al hombre llamado Aunque, al hombre que ignora todavía la hondura exacta de sus bajezas posibles y la altura exacta de sus posibles exaltaciones!

(…) –¿Quiere decir que volvemos al Hijodeputismo? –inquirí yo desolado.
–Naturalmente –asintió Gog–. El Hijodeputismo, como toda filosofía natural, no es un sistema cerrado, sino abierto y perfectible.
–¿Cómo perfectible?
–Se perfecciona en la medida en que los hombres van haciéndose más hijodeputizantes.

(…) –Usted era un robot, y Cora Ferrari era un robot. Y eran robots mecánicanos todos los que se agitaban con usted en la ratonera, seguros y unánimes como si obedeciesen a un control electrónico. Ahora escuche; la Vida Ordinaria, en su aparente seguridad, sólo es una formidable ilusión colectiva. Un hecho libre, cualquier influjo no previsto que se filtrara en la ratonera destruiría su organización ilusoria, como un grano de arena paraliza todo un mecanismo perfecto. Dígame: ¿cuál fue su grano de arena?

(…) –Lisandro, usted será el único Desertor del Banquete.

Intenté protestar ante aquel vaticinio. Pero Inaudi me detuvo con el gesto de un Hermes caviloso:

–Desertará usted –me anunció nuevamente–. Algún día tendré que llamarlo "Padre de los Piojos" y "Abuelo de la Nada".

–Un arrabal sin color ni sonido –aprobó el Salmodiante–: casitas y almas de techo bajo. Así es la Ciudadela visible. Pero a ciertas horas, en un reducto no más grande que una nuez vacía, estallan voces e himnos que perforan el techo bajo del hombre y el techo bajo de su alma, y que abren allá escondidos tragaluces. ¿Quiénes hablan así en la nuez vacía de la Ciudadela? Los que hallaron el Nombre perdido y a él se agarran como a un barril flotante. ¿De dónde vienen ellos? De Avellaneda y sus fundiciones quemantes, del Riachuelo y sus Orillas grasosas, de los talleres en escarcha o en fuego, del hambre y del hambre y del sudor. ¿Qué los anima? La promesa de una Ciudad Cuadrada, el pan y el vino de la exaltación de los blancos manteles del Reino.



Megafón, o la guerra

(…) –A estas niñas –protesta *mademoiselle* Hortensia– no les falta ni les sobra un gramo.

–Eso está por discutirse –objeta Samuel Tesler que nunca cedió en asuntos dogmáticos.

Y el filósofo, dirigiéndose a la Venus de Milo, palpa el vientre desnudo con mano erudita:

–Nadie ignora –dice magistralmente– que la Venus de Milo auténtica exhibe un tanto de grasa en su región ventral. Señores, ¡en la gordura está la belleza de los clásicos! Pero esta falsa Milo trae un vientre que se hunde como un plato, víctima quizás del régimen dietético riguroso que le impone ese canalla Tifoneades.

(…)

–¡Señor cliente –le ruega la diosa–, favor de no manosear la fruta!

Sin embargo entre los que acaudilla Megafón existen dos hombres cuyas almas, habiendo frenado por ahora sus bestias íntimas, están inclinándose a un mejor temperamento: son los mellizos Rómulo y Remo Domenicone. Uno y otro, en un despertar violento de sus conciencias sociales, estudian a las mujeres con un ojo húmedo de piedad, y el otro seco de indignación. Tras la denuncia que Samuel Tesler ha formulado sobre la dieta malsana que el establecimiento impone a la Venus de Milo, Rómulo Domenicone pregunta discretamente a la Afrodita y a la Mujer Etrusca el sueldo mensual que perciben de Tifoneades, los extras por trabajo insalubre, las vacaciones pagas, la jubilación obligatoria, los nosocomios y las pompas fúnebres a cargo del burgués empleador. Y al conocer la triste verdad, su alma de sociólogo entra en rebeldía:

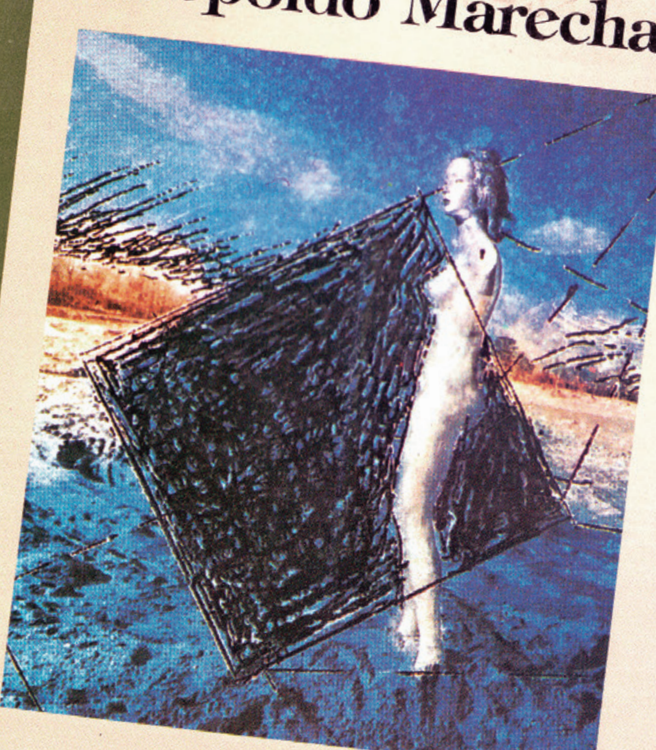
–¡Ese Tifoneades es un negrero! –exclama dirigiéndose a Megafón–. Lo que tienen que hacer estas mujeres es organizar un Sindicato de Putas adherido a la C. G. T. y exigir los derechos que les acuerdan las leyes laborales.

–¡Putas del mundo, uníos! –grita Remo Domenicone solidario.

poldo Marechal

egafón, o la guerra

Leopoldo Marechal



Megafón
o la guerra

orial Sudamericana
ras argentinas

MEGAFÓN, O LA GUERRA

EDITORIAL
SUDAMERICANA

LEOPOLDO MARECHAL

(…) Al primero que ven es a Megafón, el cual, erguido ante la Novia Olvidada, muestra en los labios la sonrisa de su éxtasis. Los tres rufianes estudian a un enemigo que no se defiende ni se defenderá, y una rabia incontenible despierta en ellos al ver a aquella sonrisa más desafiante que un acero. Uno de los gorilas cruza el rostro de Megafón con dos bofetadas, a la izquierda y a la derecha; pero no logra borrar su sonrisa que se mantiene firme como un reto. Entonces los rufianes alzan sus cachiporras y las dejan caer sobre la cabeza de Megafón que no se inclina: brota la sangre y brota desde su frente a los pómulos, la boca y el mentón; y la sonrisa del Oscuro sigue abierta como una flor en un barro sangriento. Los golpes caen ahora en sus hombros, en sus espaldas y en sus flancos: Megafón cae primero de rodillas, y el hueso de sus rótulas cruje al chocar con el parquet. Al fin se derrumba largo a largo con la región ventral en el suelo y al darlo vuelta con sus pies furiosos los matones descubren aún la terrible sonrisa del caído.

(…) –Esos fantasmas reencarnados –expuso él– constituyen ahora la exterioridad del país. Juran hoy en la Casa Rosada, luego dibujan su pirueta en el aire bajo los reflectores, caen al fin reventados como títeres en el suelo para ceder su lugar a otros fantasmas igualmente ilusorios que juegan al destino del país en un ajedrez tan espectral como ellos. Oiga, ese cascarón fósil es la "peladura externa" de la Víbora. –¿Y quién es la Víbora? inquirí en mi falso desconsuelo.
–La Patria– dijo Megafón.
–¿Por qué una Víbora?
–La Víbora es una imagen del "suceder": enrosca sus anillos en un árbol o se desliza por el suelo; clava sus colmillos en una víctima, se la engulle y duerme luego su trabajosa digestión. Y la Patria o es un "suceder" o es un bodrio.

(…) –Prevista la "necesidad" de la guerra –dijo el Oscuro–, yo necesitaba descubrir si nuestro pueblo "merece" una guerra.
–¿Cómo si merece?
–La guerra –me advirtió él– no es un deporte más o menos violento ni un sudor ácido en las axilas. Entrar en una guerra es entrar en la Historia.
–¿Y nosotros la merecemos?
–Antes de iniciar las acciones, Patricia y yo hicimos el siguiente cálculo. Nuestro pueblo libertó a otros, no esclavizó ni robó a ninguno. Ganó todas las batallas militares, que nunca fueron de conquista, y perdió territorios en la mesa de los leguleyos. No cometió ningún genocidio ni oprimió a hombres de otro color en la piel o en el alma. Sus revoluciones fueron incruentas y sin gran importancia sus desequilibrios históricos. ¿Es así o no?
–Exactamente –admití.
–Por lo tanto –concluyó Megafón–, nuestro pueblo merece una guerra.

(…) –Si todo ha muerto –le dijo al fin el Autodidacto–, ¿qué haré yo con mis Dos Batallas? (…)
–Habría que resucitar al héroe –refunfuñó.
–Sí, pero, ¿cómo?
–Yo en tu lugar, buscaría en el pueblo la vieja sustancia del héroe. Muchacho, el pueblo recoge todas las botellas que se tiran al agua con mensajes de naufragio. El pueblo es una gran memoria colectiva que recuerda todo lo que parece muerto en el olvido. Hay que buscar esas botellas y refrescar esa memoria.

(…) –Desde 1955 –les dije–, con un pueblo en derrota y su líder ausente, soy un desterrado corporal e intelectual.
Y añadí:
–En nuestra fauna sumergida existen hoy el Gobernante Depuesto, el Militar Depuesto, el Cura Depuesto, el Juez Depuesto, el Profesor Depuesto. No aquí ningún hijo de madre sin deponer.
–¿Y usted qué lugar ocupa en esa fauna? –me preguntó Megafón chisporroteante de malicia.
–Soy el Poeta Depuesto –le confesé modestamente.
–Ha pasado usted a mejor vida –rio él.
–Vea –le respondí–, las "deposiciones" de una

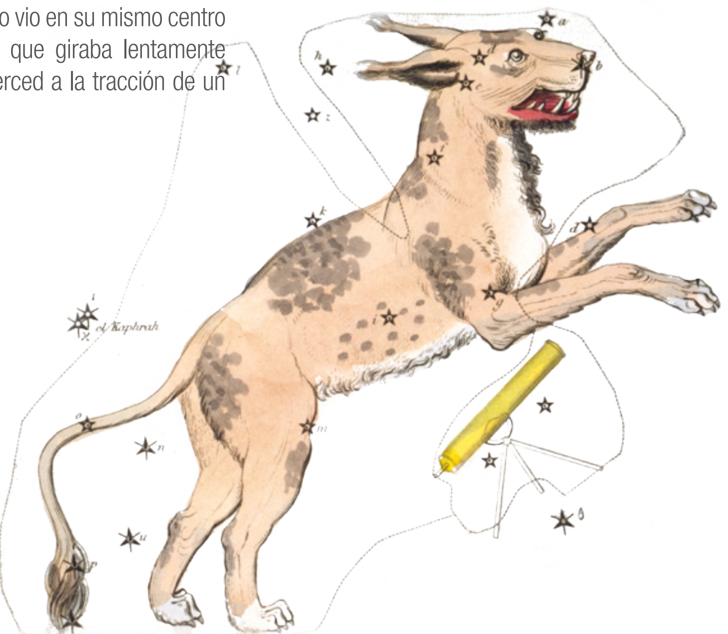


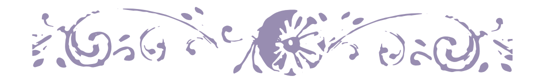
• Xul Solar
El panjuego de Xul Solar, un acto de amor

contrarrevolución idiota no suelen ir más allá del significado médico fisiológico que también lleva la palabra. Y sus muertos civiles gozamos de una salud excelente.
–Con algunas excepciones –me corrigió el Autodidacto súbitamente dolorido.
–¿Los ametrallados de José León Suárez?
–Y el fusilamiento del General.
Entendí que la sombra de Juan José Valle acababa de nublar la frente de Megafón y humedecer los ojos verdelago de Patricia.

(…) Según el Autodidacto de Villa Crespo, fue al llegar a las intersección de San Pedrito y Tandil cuando llegó a sus oídos aquella música fantasmal que brotaba de la misma esquina y en la que no tardó en reconocer el tango *Nueve de Julio* (…) Ahora bien, teniendo en cuenta que sólo existía un baldío en aquel ángulo, Megafón se dirigió a esa imposible fuente de música. Y al entrar al baldío comprobó dos hechos: el lugar parecía lleno de cierta luz fosfórica muy tenue y el tango resonaba en él con mayor fuerza. De pronto la luz ganó intensidad, y el Autodidacto vio en su mismo centro una calesita de suburbio que giraba lentamente al compás del tango y merced a la tracción de un bichoco alazán que volteaba el armatoste con sus ojos vendados y su lomo triste de mataduras.
(…) No bien reinó el silencio y fue lograda la inmovilidad, el demonio llamado Ben se dirigió a los jinetes en cuyos muslos ahora se distinguía un bandoneón acostado.
–Señores –les dijo en son de triunfo– es inútil darle más vuelta a la calesita. ¡El tango ha muerto! (…) ¡Oigan, tristes malevos! El ritmo de Buenos Aires ya no está en el dos por cuatro.

(…) –Buenos Aires –dijo entre rabioso y elegíaco–, en tu mano izquierda puse la derecha del ángel, y en tu derecha el timón de un grandioso destino; en tu lengua el sabor de una libertad sin declamaciones y en tu riñón la pimienta de un orgullo sin alharacas. ¿Y cómo te veo ahora? ¡En la inercia de tu caída y en el cinismo de tu desesperación, entre ladrones de adentro y asaltantes de afuera que se comen tu parrillada, se beben tu vino y gozan a tus mujeres!



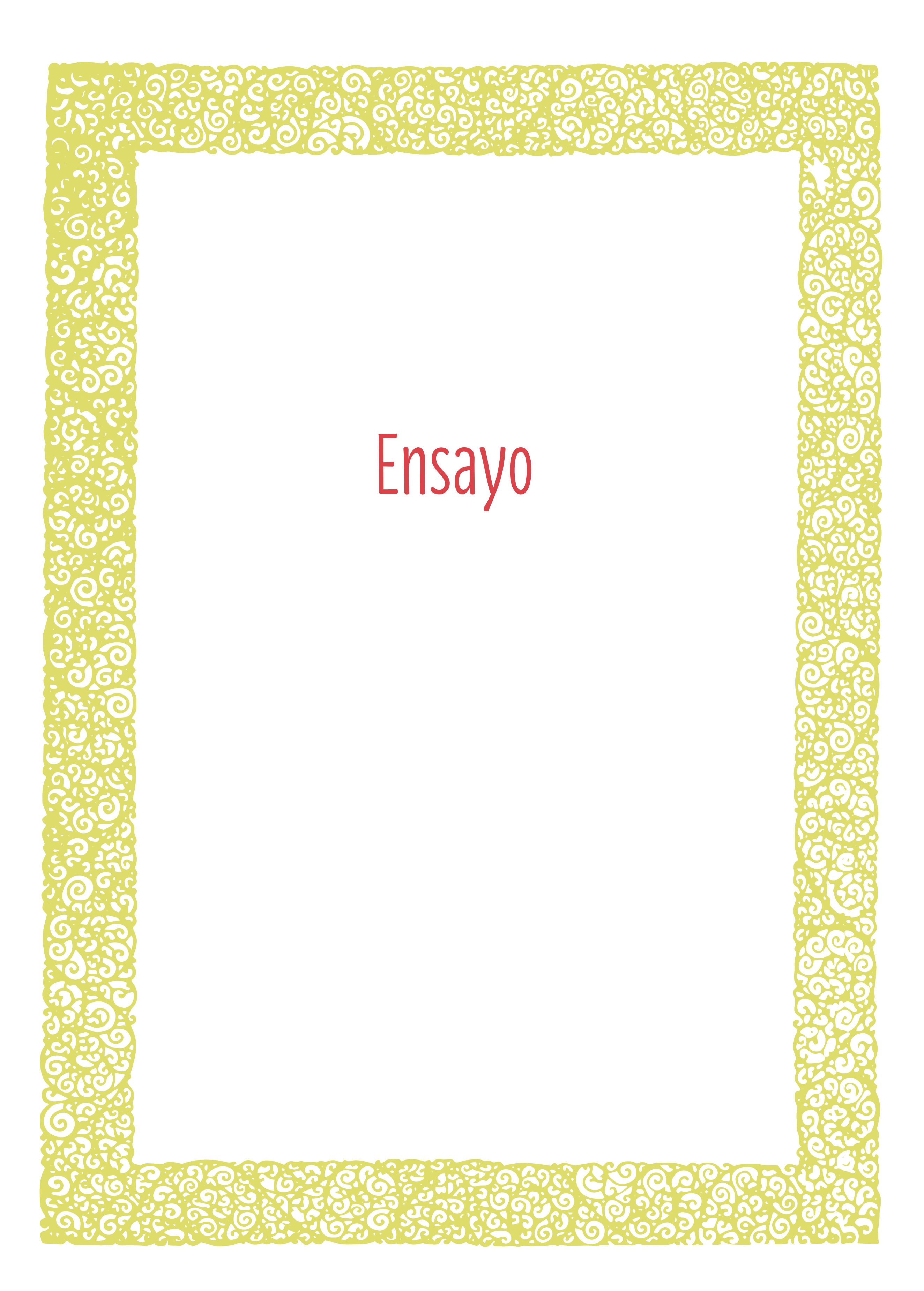


(…) –Señor…, escuche bien este aforismo: "El miedo nace de la ignorancia, y se teme sólo a lo que no se conoce". Ignorando al "otro" (…) el Tío Sam comenzó a temer al "otro" y a toda criatura o incidente que le fueran exteriores y ajenos: olió en cada uno a un enemigo potencial de guerra o a un contrincante de olimpíada o a un competidor artero en sus transacciones. Ahora bien, hay una progresión creciente del miedo al terror y del terror al pánico. Y en su hora, el Tío dio marchas y contramarchas poco serias a sus trajinados *mariners*, en cualquier latitud o longitud en que sospechaba o temía él la presencia de un enemigo.

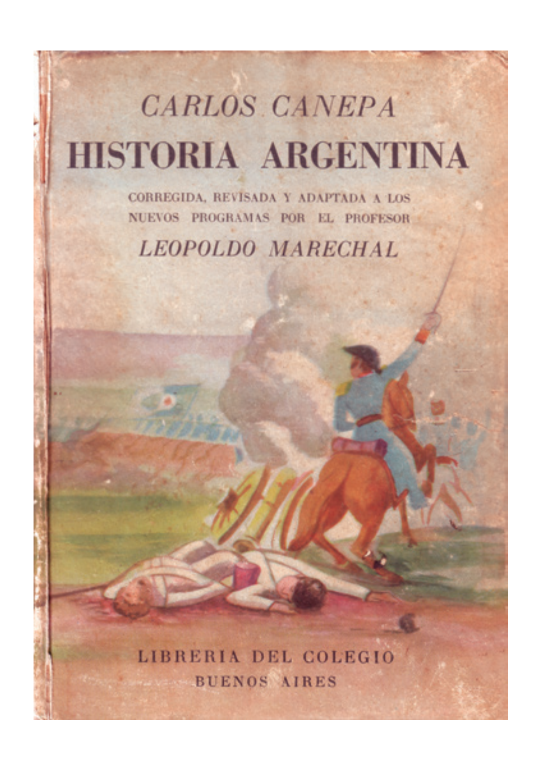
(…) el Autodidacto acarició la piel de Mandinga, oyó su ronroneo de beatitud, sintió en el dorso de su mano la lengua ríspida del animal y fue tomando conciencia del "mundo sensitivo" a que también pertenecía. Reintegrado a esos tres mundos que sintetizaba, Megafón recobró la conciencia de su individualidad separativa. "Soy Megafón –se dijo: Megafón es un hombre, luego, soy el hombre y estoy ahora en el mundo del hombre". Y rascó la nuca de Mandinga en un gesto de solidaridad ontológica.

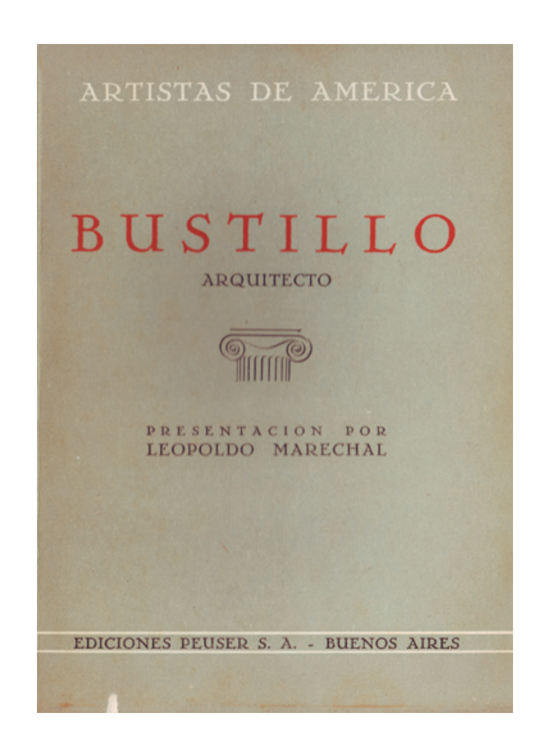


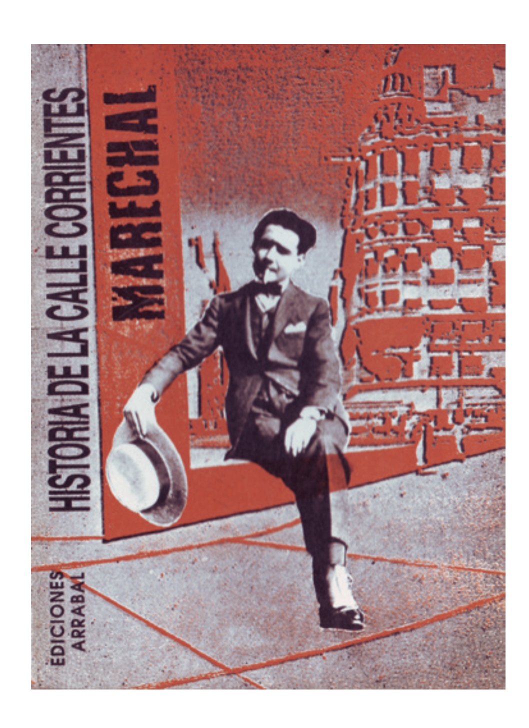


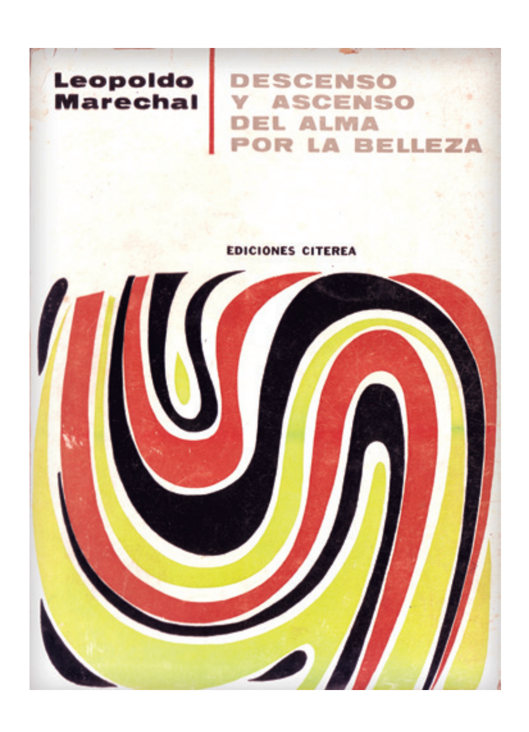


Ensayo







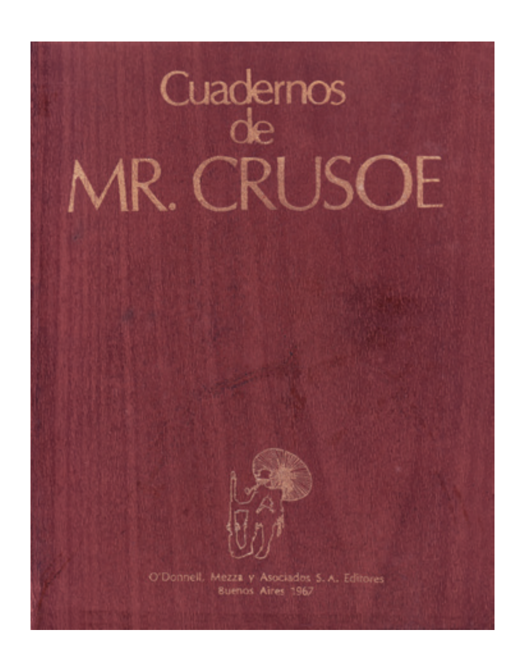


• Carlos Canepa, *Historia argentina. Corregida, revisada y adaptada a los nuevos programas por el profesor Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1941. • *Artistas de América. Bustillo*, presentación de Marechal, Buenos Aires, Peuser, 1944. • *Historia de la calle Corrientes*, Buenos Aires, Arrabal, 1967. • *Descenso y ascenso del alma por la belleza*, Buenos Aires, Citerea, 1965. •







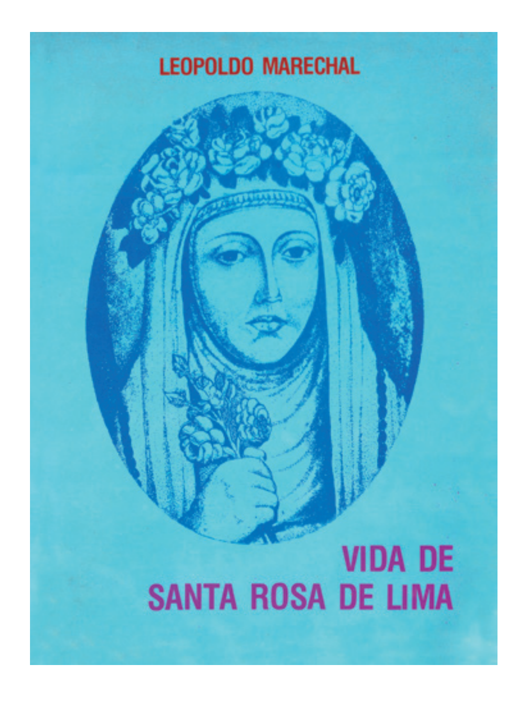


• *Descenso y ascenso del alma por la belleza*, Buenos Aires, Vórtice, 1994. • "Palabras al Che", *Cuba por argentinos*, Buenos Aires, Merlín, 1968. • "Apólogo a Ezequiel sobre Leones y Ratones", *Davar. Revista Literaria*, n.° 124, Buenos Aires, 1970. • "Athanor. Sainete alquímico", *Cuadernos de Mr. Crusoe*, Buenos Aires, O'Donnell, Mazza y Asociados, 1967. •

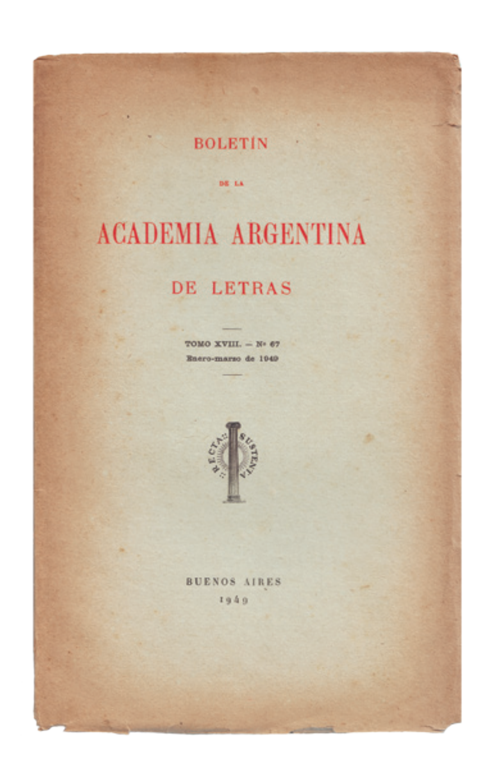


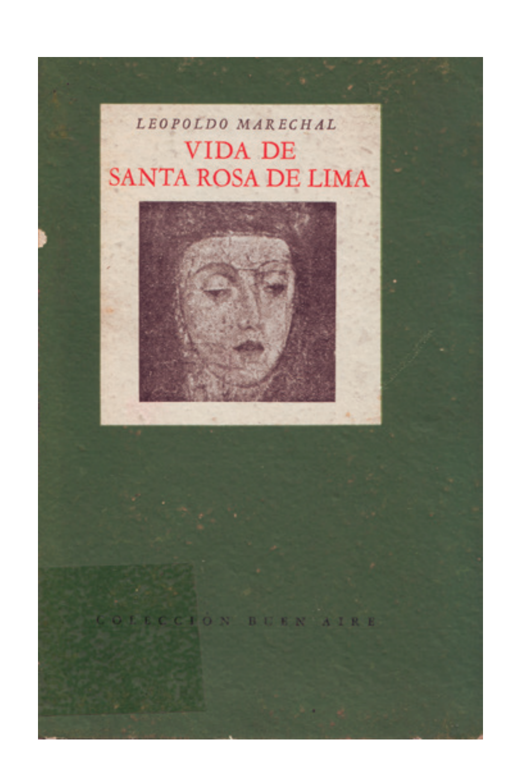




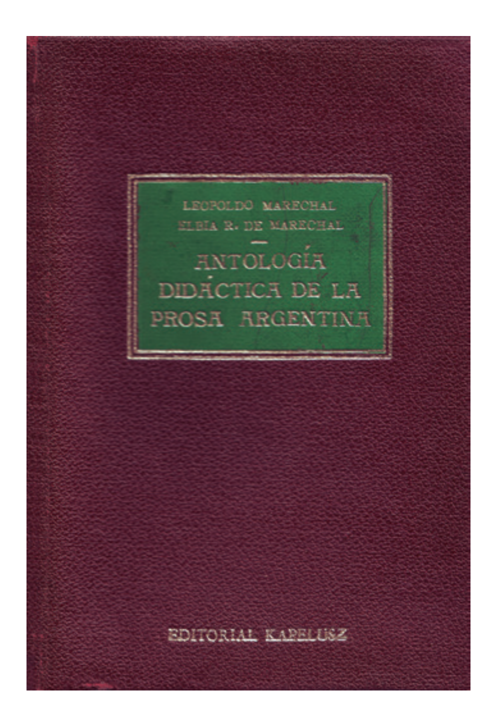


• *Historia de la calle Corrientes*, Buenos Aires, Paidós, 1967. • *Historia de la calle Corrientes*, s. d., 1937. • “Calle Corrientes, siglos XVII y XVIII*”*, *De la fundación a la angustia,* Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1967. • *Vida de Santa Rosa de Lima*, Buenos Aires, Castañeda, 1977. •









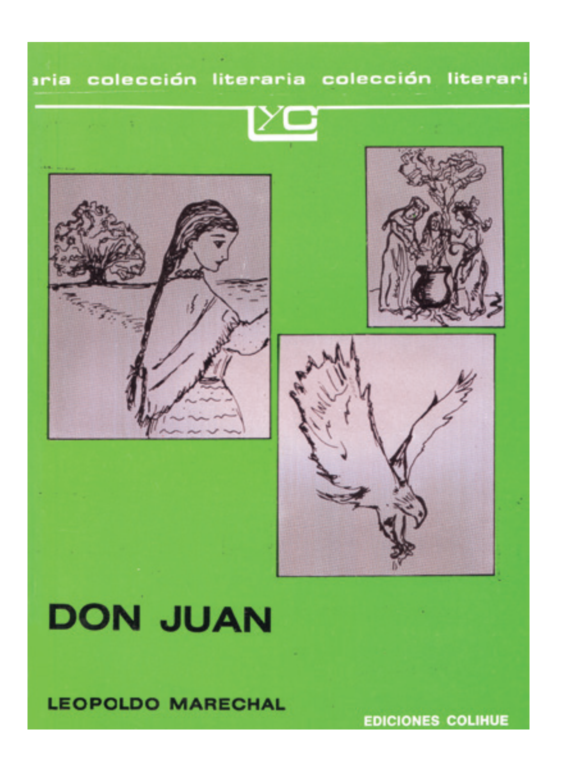
• Discurso de don Leopoldo Marechal, *Boletín de la Academia Argentina de Letras*, Tomo XVIII, n.° 67, Buenos Aires, enero-marzo de 1949.• *Vida de Santa Rosa de Lima*, Buenos Aires, Emecé, 1943. • “Una Revolución”, *Argentina en Marcha*, Comisión Nacional de Cooperación Intelectual, Tomo I, Buenos Aires, 1947. • Leopoldo Marechal y Elbia Rosbaco de Marechal, *Antología didáctica de la prosa argentina*, Buenos Aires, Kapelusz, 1954. •





Teatro

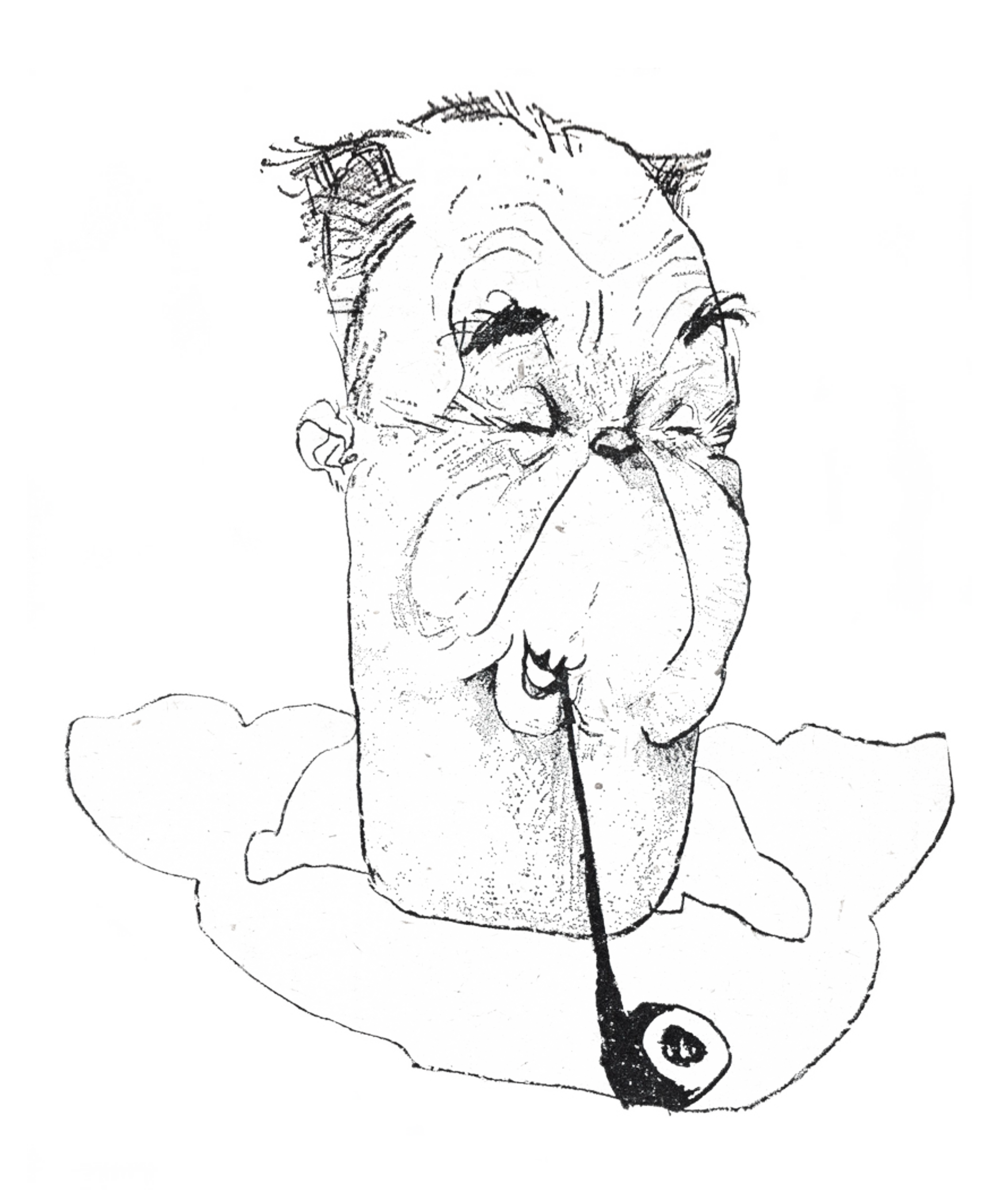




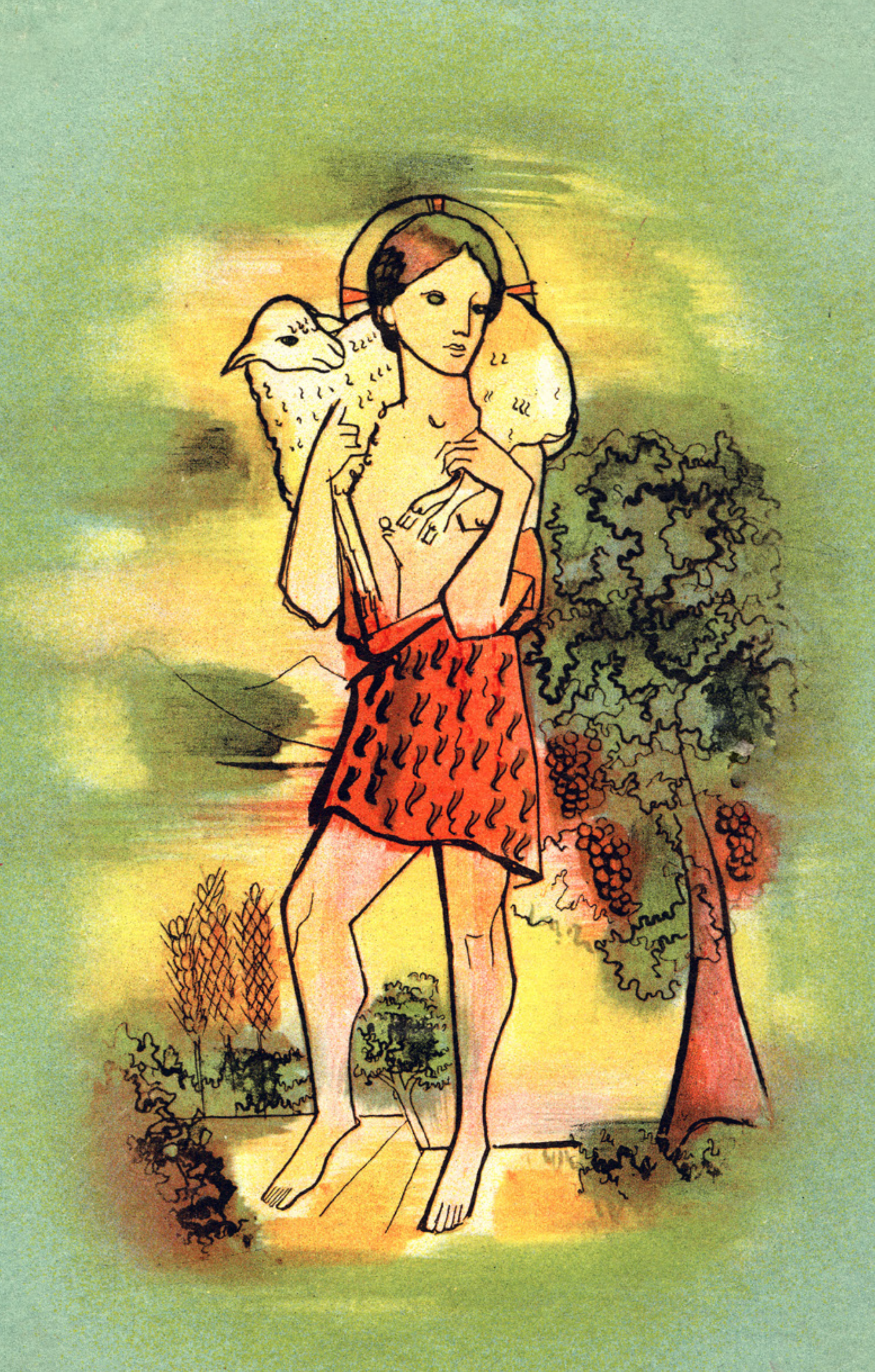


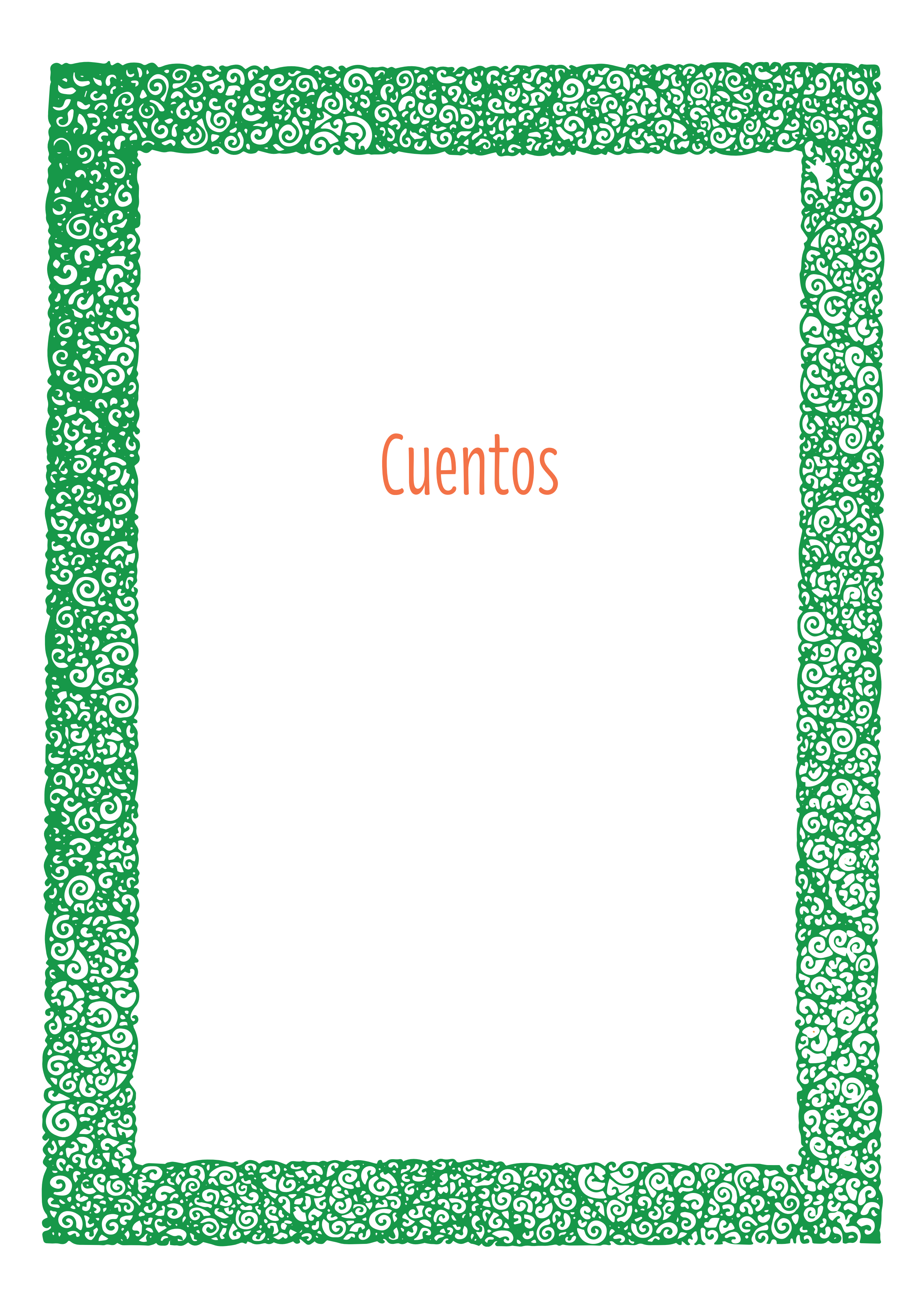


• *Antígona Vélez. Las tres caras de Venus*, Buenos Aires, Sudamericana, 1970. • *Don Juan*, Buenos Aires, Colihue, 1984. •
• "Athanor", *Janus*, n.° 6, s. d. • *Las tres caras de Venus*, Buenos Aires, Citera, 1966. •



• Hermenegildo Sábat
Leopoldo Marechal, 1975





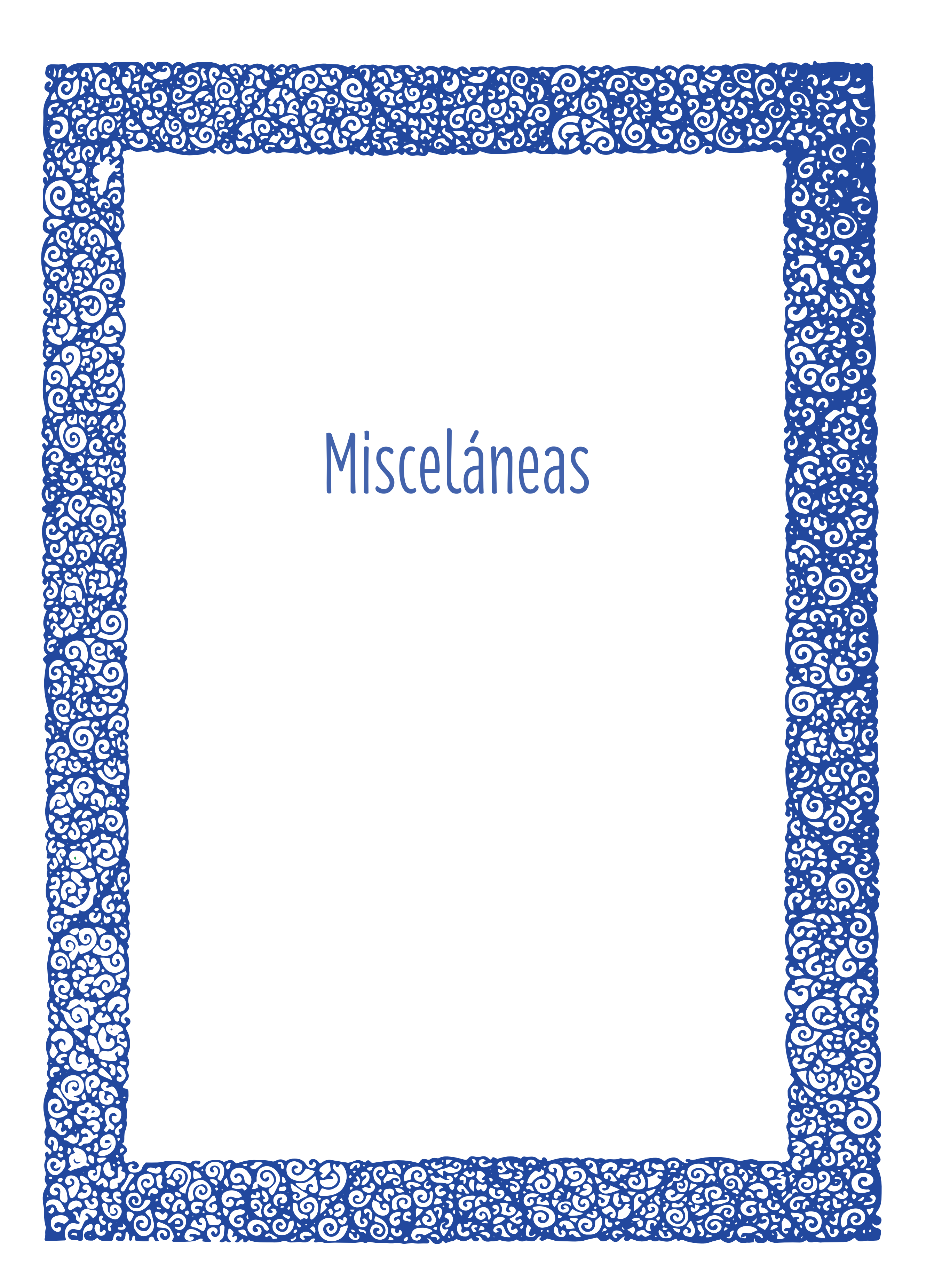
Cuentos



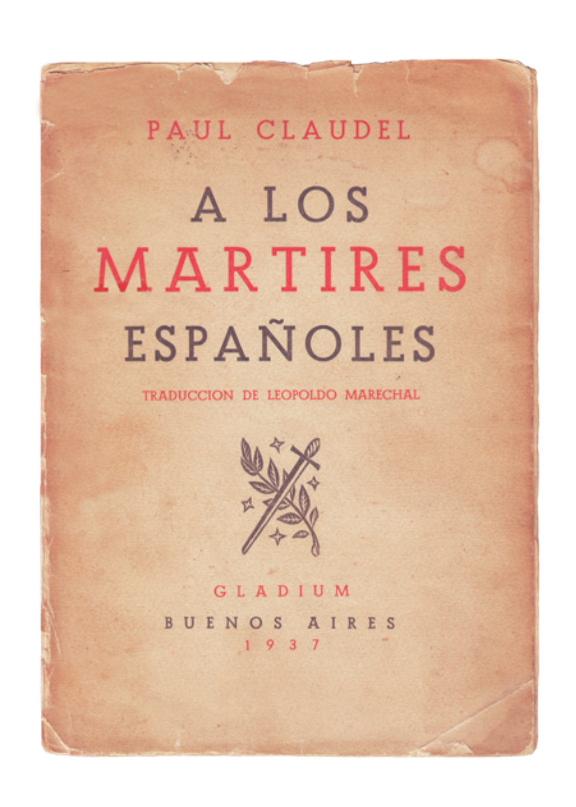
• Leopoldo Marechal, Jacobo Bajarlía, Bernardo Kordon, Haroldo Conti, Adolfo Pérez Zelaschi, Roger Pla, Gabriel Casaccia, *Crónicas con espías*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1966. • *El espía y otros relatos*, Buenos Aires, Jorge Kiek, 1975. • *"El beatle" final y otras páginas*, Buenos Aires, Capítulo, 1970. • *El niño Dios*, Buenos Aires, Emecé, 1939. • *El niño Dios*, Buenos Aires, Sudamericana, 1939. •

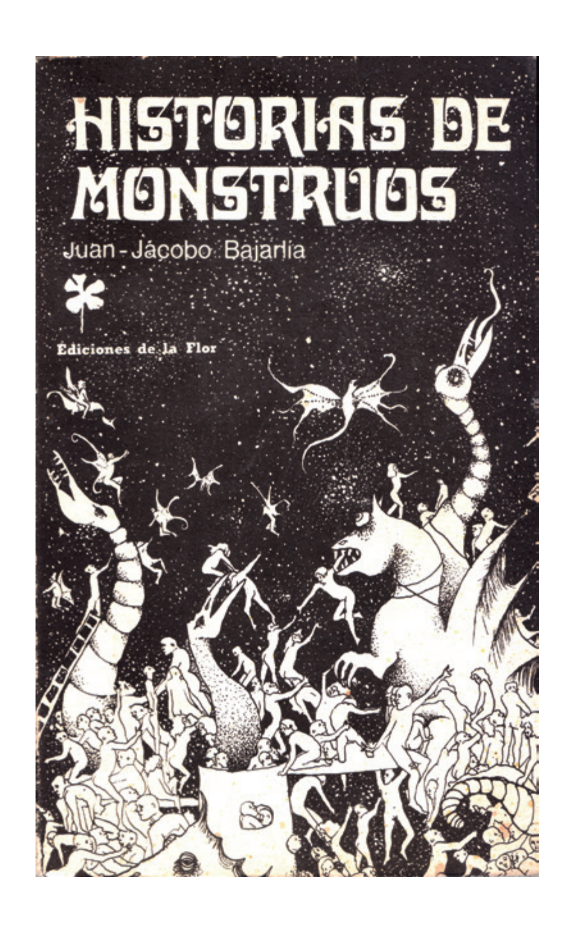


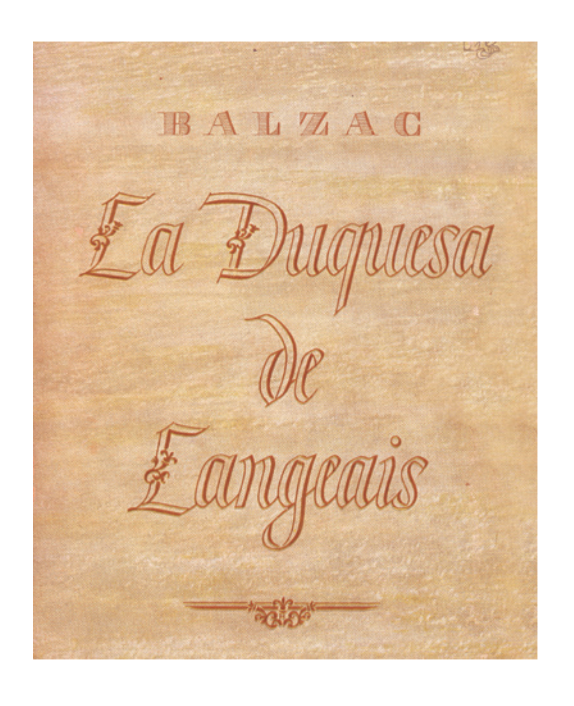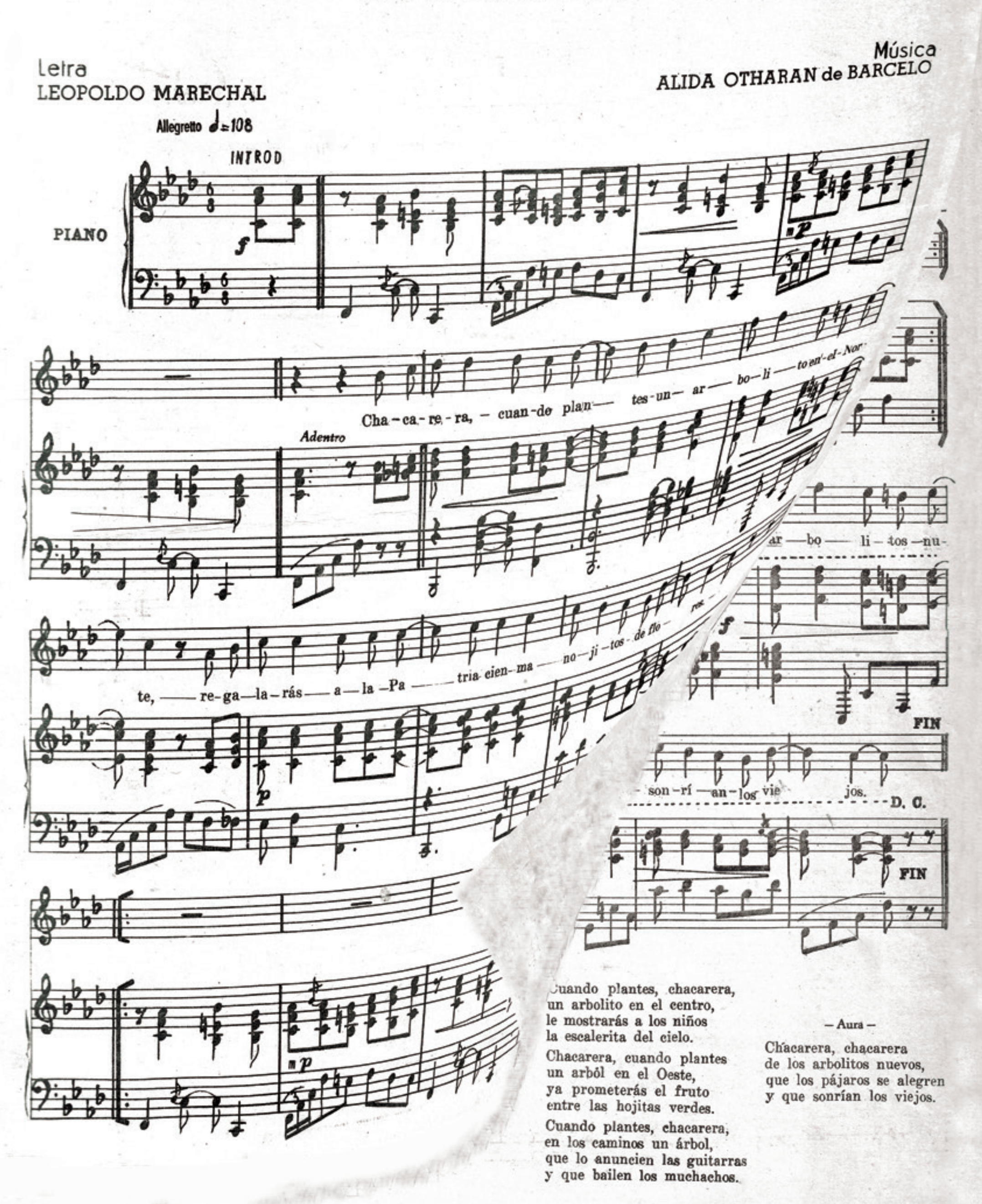




Misceláneas







• Paul Claudel, *A los mártires españoles* (Traducción de Leopoldo Marechal), Buenos Aires, Gladium, 1937. •
• Juan-Jacobo Bajarlía, *Historias de monstruos*, prólogo de Leopoldo Marechal, Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 1969. •
• Honoré de Balzac, *La duquesa de Lanegeais* (Traducción de Leopoldo Marechal), Buenos Aires, Emecé, 1943. •



• Álida Otharán de Barceló (música), Leopoldo Marechal (letra), *Chacarera de los árboles nuevos*, Buenos Aires, E. M. Y. C., 1949. •



Prensa y crítica



Eduardo González Lanuza

Cierto folklorista freudiano sostenía que era impostergable la necesidad de formar una "antología de Caballeros", en la que, debidamente catalogados por vías ferroviarias, se reunieran todos los donaires coprológicos que adornan las letrinas de las estaciones. Afirmaba que como manifestación de lo reprimido en el inconsciente colectivo, resultaría de un valor inestimable. Claro está que en estos momentos de municipal pudibundez, la publicación de una obra de esa índole habría resultado algo problemática. ¿Qué editorial responsable hubiese querido hacerse cargo de ella?

Ha llegado sin embargo el momento de tranquilizar al citado folklorista: el exquisito autor de Ascenso y descenso del Alma por la Belleza ha hecho innecesaria tal antología; desafiando todos los posibles rigores del lápiz rojo –primero, de asesores literarios de las casas editoras, después, de los encargados de velar por la moral y las buenas costumbres–, afrontó y resolvió denodadamente el problema de juntar en su libro, y salvar para la posteridad, el gracejo disperso en las rupestres inscripciones de los W.C. de las estaciones ferroviarias y de los colegios secundarios, normales y especiales.

Imaginad, si podéis, el *Ulises* escrito por el padre Coloma y abundantemente salpimentado de estiércol, y tendréis una idea bastante adecuada de este libro. (*Sur*, noviembre de 1948.)

Luis Gusman

¿Qué lugar ocupan los proverbios, los refranes y los lugares comunes que aparecen en la novela?

Un lugar que corresponde a la estructura de la sátira caracterizado por la mezcla: esa prosa mechada que conserva de su tradición restos versificados injertados como coplas, canciones, vidalitas, refranes, señalando en el texto la presencia de un lenguaje coloquial. Su presencia funciona como equivalente al "érase una vez" de los cuentos de hadas, siendo los refranes la marca de que lo que se narra se "origina" en el lenguaje "popular". Pero es en la estructura general de la novela –especialmente en la relación entre el libro Quinto, "El cuaderno de tapas azules" y el Viaje– donde se dará cuenta de la diferencia entre la frase poética y los refranes o proverbios, considerados aquí en su función de cliché.

Otra de las funciones que tienen los refranes en el libro es que, por su construcción arcaizante y por estar intercalados en el discurso, reenvían a un pasado no determinado, otorgándole el prestigio y la autoridad de un saber garantizado por la tradición. (*Revista Iberoamericana*, n.° 125, octubre–diciembre 1983.)

Emir Rodríguez Monegal

Para subrayar más la universalidad de su espíritu, así como para dar en toda plenitud la medida de su ambición, Leopoldo Marechal diagramó su novela según el modelo –tantas veces ilustre– del *Ulises* joyceano. Y así como aquel ciudadano dublinés traslado a su fábula, con ejemplar discreción, los símbolos y motivos que encontró en la *Odisea*, este porteño pretendió trasladar símbolos y motivos del *Ulises* a su *Adan Buenosayres*. Esto resulta más notorio si se advierte que Marechal no se conformó con trasponer a un registro personal las incitaciones que su antecedente inmediato le ofreciera, creando (como Joyce y como Homero) un cosmos propio. El autor quiso repetir las formas más visibles de la gran novela, y pretendió imitar lo inimitable: sus ilimitados recursos técnicos, la audacia de sus enfoques, su madurez. Marechal no advirtió que lo que parecía estridencia en *Ulises* no era mero juego narrativo, sino que obedecía al intento –desesperado y profundo– de cercar la realidad desde todos sus ángulos para agotar su significado y su escandalosa riqueza. Y Marechal repitió sin ningún sentido los riesgosos enfoques e hizo sonar a hueco la que, en Joyce, era forma plena de contenido. Una diferencia de calidad humana y literaria, una inferior condición para el manejo de tan complejos materiales, convirtieron la copia o transcripción en desdichada parodia. (Revista *Marcha*, 1949.)



Jorge Luis Borges

Reseña a *Días como flechas*

Este libro añade días y noches a la realidad. No se surte de ellos en el recuerdo, los inventa; es tan inventivo como los amaneceres y los ocasos. Es agrandador del mundo ¡qué oficio incómodo! No en balde he situado ese adjetivo: la comodidad (anhelo de la inapetencia y de la sueñera) es el ideal de esta hora penúltima (…) La misma poética se ha rebajado a sistema de inhibiciones: no rimar, no aludir a colores, no ser mitológico, no ser porteño, no contar nunca nada, no alzar la voz. ¡Muerta seas, comodidad, aproximación de la muerte, discípula del no-ser y del caos! Este libro de Marechal (digo) no existe solamente por lo que deja de ser, por sus abstinencias y ausencias; existe en sí, con su tanta especialidad, su clima, su luz.

Es un repertorio de dichas. Destinos nobles se cumplen en tierras imaginarias que los igualan en firmeza y en intensidad y en donde el milagro es costumbre. Sus palabras han alcanzado la más alta categoría: el elogio. Han ascendido a felicitaciones. Su decir tarde es decir frescura, su decir casa es decir hospitalidad, su decir árbol es decir buena voluntad de dar sombra.

Sentencias que nos obsequian mundos hermosos, tierra imaginada que puede volvérsenos patria y recordarnos después (…) como si hubiésemos andado sus campos. Tierra que merecerá nostalgias y dudas: esa es la labor originalísima de Marechal. Sin el menor asomo de mundología, quiero elogiarlo. Mis versos son un quedarme para siempre en Buenos Aires, los suyos son un continuado partir.

Días como flechas son el veinticinco de mayo más espontáneo de nuestra poesía: libro embanderado y fiestero, libro cuya grandilocuencia es cómplice de la felicidad, nunca del temor.

Leopoldo: Alegría que en toda una mañana no cabe, cabe en un reglón de los que escribiste.

(Revista *Martín Fierro* del 12 de diciembre de 1926, año III, n.° 36.)

Julio Cortázar

(…) algo de cataclismo signa el entero decurso de *Adán Buenosayres*; pocas veces se ha visto un libro menos coherente, y la cura en salud que adelanta sagaz el prólogo no basta para anular su contradicción más honda: la existencia entre las normas espirituales que rigen el universo poético de Marechal y los caóticos productos visibles que constituyen la obra. Se tiene constantemente la impresión de que el autor, apoyando un compás en la página en blanco, lo hace girar de manera tan desacompasada que el resultado es un reno rupestre, un dibujo de paranoico, una guarda griega, un arco de fiesta florentina del cinquecento, o un ocho de tango canyengue. Y que Marechal se ha quedado mirando eso que también era suyo –tan suyo como el compás, la rosa en la balanza y la regla áurea– y que contempla su obra con una



REALIDAD

REVISTA DE IDEAS

Sumario

NOTAS DE LIBROS

por Guillermo de Torre, Julio Cortázar, Carmen Gándara y otros.

LA CARAVANA INMÓVIL

MARZO ABRIL 14 VOLUMEN QUINTO

BUENOS AIRES

Julio Cortázar, "Un Adán en Buenos Aires", *Realidad. Revista de Ideas*, n.° 14, Buenos Aires, marzo-abril de 1949.



• Nicolás Casullo, "Una filiación en penumbras", *Crisis*, Buenos Aires, octubre de 1986. • Leopoldo Marechal, "El poema de robot", *Crisis*, Buenos Aires, octubre de 1986. • "Algunas claves para Marechal", *Adán. Entretenimiento para Gentilhombres*, Año I, n.° 3, Buenos Aires, septiembre de 1966. • Amelia Urrutibeheity, "Leopoldo Marechal y Adán Redento", *Esquiú*, n.° 1465, Buenos Aires, 29 de mayo de 1988. • "Memorias por Leopoldo Marechal", *Atlántida*, n° 1241, Buenos Aires, agosto de 1970. • T. E. M., "*El Banquete de Severo Arcángelo*", *Primera Plana*, Año III, n.° 155, Buenos Aires, 26 de octubre de 1965. • Ana María Barrenechea, "Leopoldo Marechal. El escritor frente al lenguaje", *Buenos Aires*, Nuevos Aires, n.° 8, agosto-septiembre de 1972. •



satisfecha tristeza algo malvada (muy preferible a una triste satisfacción algo mediocre).
(...)
Estamos haciendo un idioma, mal que les pese a los necrófagos y a los profesores normales en letras que creen en su título. Es un idioma turbio y caliente, torpe y sutil, pero de creciente propiedad para nuestra expresión necesaria. Un idioma que no necesita del lunfardo (que lo usa, mejor), que puede articularse perfectamente con la mejor prosa "literaria" y fusionar cada vez mejor con ella pero para irla liquidando secretamente y en buena hora. El idioma de *Adán Buenosayres* vacila todavía, retrocede cauteloso y no siempre da el salto; a veces las napas se escalonan visiblemente y malogran muchos pasajes que requerían la unificación decisiva. Pero lo que Marechal ha logrado en los pasajes citados es la aportación idiomática más importante que conozcan nuestras letras desde los experimentos (¡tan en otra dimensión y en otra ambición!) de su tocayo cordobés. (Revista *Realidad*, n.° 14, marzo-abril de 1949.)

Luis Soler Cañas

Tres dones tuvo para mí Marechal: el de la gracia poética, el del humor cristianamente optimista y el de la trascendencia metafísica.
Fue el 6 de agosto del año citado [1927]. Era el momento en el que el gobernador de Massachusetts, Fuller, había desechado el pedido de apelación formulado por los abogados de Sacco y Vanzetti, con lo cual quedaba muerta la última esperanza para éstos. Dijo entonces Marechal: "La condena de Sacco y Vanzetti es, en realidad, monstruosa. Y digo en realidad porque las protestas han sido siempre un campo propicio para la exageración. Esta vez, sin embargo, no se ha exagerado absolutamente nada. El veredicto de Fuller resulta inconcebible a estas alturas del tiempo, aunque de Norteamérica se puede esperar cualquier cosa, ya que se complace en batir todas las especies de récords. No creo necesario precisar todas las razones por las cuales recrimino la condena de Sacco y Vanzetti. Ellas son las de todo el mundo. Basta saber que yo, como todo el mundo, protesto enérgicamente contra esta injusticia inconcebible".
Marechal no era entonces, desde luego, ni anarquista ni hombre de izquierda. Era sencillamente el ser humano y cristiano sensible a las injusticias que fue siempre.
Vayamos ahora a diciembre del tan mentado año 1927 (...) "Ha sido gratamente recibida en las filas yrigoyenistas la noticia de la constitución de un centro de escritores, poetas y cuentistas de la nueva generación, que en política actuarán en esa tendencia."
"En la asamblea efectuada en la secretaría provisoria, avenida Quintana 222, se acordó designar esta entidad con el nombre de Comité Yrigoyenista de Intelectuales Jóvenes y fue elegida la siguiente Comisión Directiva: Presidente, Jorge Luis Borges; vicepresidente, Leopoldo Marechal; secretario, Enrique González Tuñón; secretario de actas, Nicolás Olivari; tesorero, Ulyses Petit de Murat; protesorero, Francisco López Marino; vocales: Macedonio Fernández, Carlos Mastronardi, Santiago Ganduglia, Raúl González Tuñón, Sixto Pondal Ríos, Roberto Arlt, Francisco Luis Bernárdez, José de España, Suárez Calimano, Antonio Ardisono y González Trillo." (*Boletín de la Asociación de Amigos de Leopoldo Marechal*, 26 de junio de 1979.)

César Tiempo

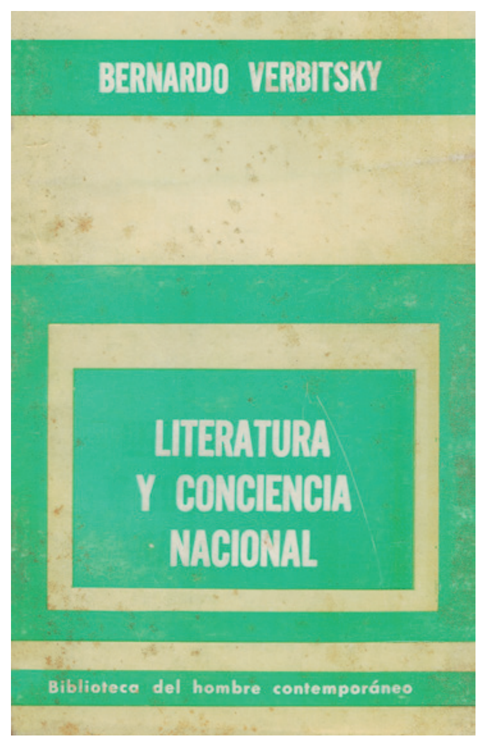
(...) Marechal fue siempre joven y no tuvo necesidad de vender su alma al diablo como Fausto, quien nos enseñará desde las páginas de su poema inmortal "que todo lo pasajero es sólo un símbolo".
Marechal fue joven, descaradamente joven cuando apareció en la librería de Gleizer con los originales de *Los Aguiluchos* bajo el brazo, fue joven en las aulas de la Escuela Normal, junto al futuro Enrique Espinoza, fue joven cuando obtuvo los importantes premios que obtuvo, fue joven después de trabajar veinte años como maestro en la escuela de la

calle Trelles, fue joven cuando desempeñó las importantes funciones que le confiaron, fue joven frente a los jóvenes poetas que lo rodearon y continúan su obra y fue joven enancado a su obra cuya madurez desafía al tiempo sin tiempo de la posteridad (…)
El poeta atraviesa soledades y gándaras a fuerza de luz. Su edad es la de su alma. No sé si Leopoldo recordó en alguno de los infinitos reportajes que le hicieron, su aporte a la "Exposición de la actual poesía argentina", que organizamos con Pedro Juan Vignale, maestro de escuela como él y como él maestro de maestro, exposición en la que figuran sus poemas mejores. Yo los fui a buscar a su casa de la calle Monte Egmont 280 (que hoy se llama Tres Arroyos), que algún día, cuando las aguas del tiempo vuelvan a su cauce, se llamará Leopoldo Marechal. (*Boletín de la Asociación de Amigos de Leopoldo Marechal*, 26 de junio de 1979.)

Bernardo Verbitsky

Megafón

(…) *Megafón* es por encima de todo una historia admirablemente narrada por Marechal, constantemente entretenida en la complejidad de su trama y que en algún sentido aparente tiene algo de policial, como parte de su atracción exterior. *Megafón*, al margen de la clarísima alegoría, es una historia a la vez real y fantástica, en la cual un argumento concreto es parte de una amenidad permanente. Es en sí misma una novela extrañamente imbricada en una realidad de la que todos somos parte, pero es una novela encerrada en sí misma, y tal como corresponde, una estructura completa, un mundo propio sustentado en personajes de gran vitalidad, que se mueven de acuerdo con las leyes internas de la novela de Marechal. Esto es lo que diferencia a *Megafón* de otros intentos de novelas alegóricas que por lo común se arman sobre personajes postizos y artificiosos, de escasa vida verdadera (…)
(…) Marechal muere el 26 de junio de 1970 y el colofón del libro dice "Se terminó de imprimir el 30 de julio de 1970". En ese mes y días de su desaparición, rumores insistentes aumentaron la expectativa sobre la novela. Pero esa expectativa iba acompañada por una especie de versión que por esas semanas circuló como, si aludiera a un hecho verdadero, se aseguraba que en *Megafón* estaba profetizado el asesinato del ex presidente provisional general Aramburu. Tenemos que ubicarnos en la fecha, recordar quién gobernaba en ese momento, para comprender que esta premonición que se daba como algo cierto, es decir, que el libro, escrito por supuesto antes del secuestro de Aramburu, anunciaba el hecho después consumado, fuera acompañada de cierto temor, no por el novelista que ya estaba más allá de todo peligro personal, sino por la suerte misma



Bernardo Verbitsky, "Marechal, el escritor", "Megafón", "Leopoldo Buenosayres", *Literatura y conciencia nacional*, Buenos Aires, Paidós, 1975.



del libro. En los medios literarios de Buenos Aires, y sobre todo entre los allegados a Marechal y su esposa, era un motivo de preocupación.
Cierto que la realidad argentina pareció empeñada en los años recientes en adecuarse a lo que la novela de Marechal simbolizaba. (En *Literatura y conciencia nacional*, Buenos Aires, Paidós, 1975.)

Juan-Jacobo Bajarlía

Multiplicidad de Marechal

Dije deliberadamente drama y no tragedia (exactamente como en *Las fenicias* de Eurípides, cuyo argumento excluye la muerte de la heroína), porque las dos Antígonas, la de Sófocles y la de Marechal, pudieron salvarse con nada más que decirlo. Aquella pudo huir con Hemón, y ésta con Lisandro. Pero prefirieron asumir su responsabilidad (la inhumación del hermano) sometiéndose al castigo. Y en ambos dramas el personaje principal, el agonista permanente, refirmado por los coros, es la idea del deber. De ahí que sólo haya *acción interior*, es decir, un diálogo que muestra las alternativas de un pensamiento y sus verificaciones, suficientes para inmovilizar con su catarsis al espectador. Y este es el mérito de Marechal. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

Jaime Barylko

Apreciaciones críticas

Nunca dejó de ser poeta, profesional, formal e informalmente. Como tal fue laureado en varias ocasiones. Por cierto conoció su obra los estrepitosos aplausos, tanto como los rabiosos silencios. Terrestres, hasta lo más humillante, y celestes, hasta lo más glorioso, fueron los ecos despertados en tiempos distintos y en diferentes cadencias de coyunturas sociopolíticas, por su obra.
La lectura, como la obra, no puede ser sino unitaria. Todo *es* Marechal, aunque aquello reputado como accesorio, contingente *camouflage*. Tanto la seriedad de los planteos adánicos como el burlesco quimono de Tesler, tanto la Solveig celeste como las *coprológicas* –al decir de Lanuza–, expresiones del autor en Cacodelphia. Todo es todo.
Adán aspira a recuperar el Paraíso Perdido, la prístina virginidad del alma. Sus sucesivos pasos son los del “hombre puesto a prueba”. Las tentaciones “cómicas” de la existencia lo rodean por doquier. Debe superarlas para llegar al *ad astra*. Anhela *saber* a Cristo-Pescador-Dios-Redentor. En el ínterin pasa de todo, por todo, para todos, con todas las tonalidades –exasperadas al rojo vivo de la ironía y de la burla– que la existencia puede ofrecer, incluyendo un dantesco “viaje a la oscura Ciudad de Cacodelphia”, que representa la ciudad terrenal también necesitada de redención celestial. No obstante, priva “el concepto individualista de salvación”.
El lenguaje es aquí, en consecuencia, el principal protagonista.
Banquete del lenguaje libre, fluyente, pícaro, intelectualoide, barroco, quevediano, gongórico, lunfardesco, siempre espontáneo sin amarras, sin planificaciones metafísicas reguladoras. Broncíneos acentos. *Vanitas vanitatus*. Porque no dice nada. Así como las aventuras son estrictamente caminos que no van a ninguna parte. El rumbo sin rumbo. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

Vicente Battista

Fue Ernesto Sabato quien nos lo presentó, creo que en aquella mítica librería de la calle Córdoba, casi esquina Carlos Pellegrini. Entonces yo practicaba un peligroso maniqueísmo y de inmediato deduje que no nos íbamos a llevar bien: Marechal era peronista, yo jamás tuve esa costumbre; Marechal era devoto de cierta religión (evangelista, creo); yo persistía en mi agnosticismo. Bastó hablar con él para que todos mis preconceptos se fueran por la borda: era uno de los seres humanos más sabios y entrañables de todos los que había conocido hasta ese momento, y de los que conocería después.
En la tapa de *Primera Plana* apareció una foto del autor de *Poemas australes.* A partir de ese día



AA. VV., *Leopoldo Marechal. Homenaje*, Buenos Aires, Corregidor, 1995.

interesó el producto Marechal. Tuvo sus frutos. En pocos meses se agotaron dos ediciones de *Adán Buenosayres*, apareció *El Banquete de Severo Arcángelo*, se le otorgó por esta novela el premio Forti Glori. Claro que en nuestras tierras no se gratifica por que sí: el sistema sabe hilar muy fino. Llueven los agasajos y las invitaciones; a veces las sorpresas: Leopoldo Marechal rechaza, cuando el Congreso Editor de Chile, la habitación oficial que le asignara el gobierno de Frei, y va con la gente del MIR para hablar hasta la madrugada del Chile real, sin etiquetas. O recibe tarjetas para la recepción del Príncipe de Lieja y las descubre, a muchas cuadras del banquete, muy dobladitas en su poco ceremonioso saco sport a cuadros, mientras conversa con un grupo de jóvenes escritores. Este "redescubierto" no era idóneo en relaciones públicas. Aceptó, sí, un viaje: fue jurado en Casa de las Américas. Al regreso intentó difundir sus impresiones. El público de la autocensurada *Primera Plana* no llegó a conocer La Isla de Fidel. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

Abelardo Castillo

Ya se sabe, Marechal era peronista y nunca lo negó (por qué, diría él); Marechal fue a Cuba y volvió de ella convencido de que el destino de los pueblos es el socialismo. La primera convicción le valió ser silenciado durante veinte años; la segunda, le pudo costar que se lo silenciara quizás durante otros veinte. Y, en este sentido, lo favoreció la muerte. De los muertos no hay más remedio que hablar. *La Prensa*, por ejemplo, le dedicó quince reglones; *La Nación* no pudo menos que notar su ausencia. Fue (leímos en alguno de esos dos diarios) "una de las pocas personalidades con las que contó la dictadura". En su velorio (verificado en la SADE, de la que en vida se lo expulsó), había diez o veinte personas; en su entierro, otro tanto: quizás las mismas. Matera estuvo, algún adolescente peronista estuvo. También David Viñas. Y Bernardo Verbitsky, uno de los pocos que pudo llamarse su amigo. Berni estaba: aludiendo al infame laconismo de los diarios y a la ausencia de los muchos que deberían haber estado, nos dijo que esto daba lástima y tristeza. Se refería al país. Había otros, eran jóvenes: no hace falta nombrarlos porque parecía que haberle hecho esa última justicia (tan inútil, al fin de cuentas) es una honra o un mérito. En un solo caso lo es: en la SADE estuvo Borges. A Marechal le gustaría saber que alguien lo ha escrito.

Nos contó una conversación telefónica con Eva Perón. Nos contó cómo era mano a mano Fidel Castro. Tenía una carta de Roberto Arlt. Su mujer la guarda. La carta dice algo así como: he leído su novela, estoy deslumbrado. De Arlt contaba que una tarde iban por la calle y Arlt se agachó a recoger una piedrita. Marechal decía: "Era como un chico, le fascinaba el color de una piedrita". Por un rito que sólo él conocía, casó a varios



escritores, el catastrófico fracaso de estos enlaces le hizo declarar solemnemente: lo que voy a hacer es no casar más a nadie. La imitaba a Luisa Mercedes Levinson. De las teorías literarias nos decía: "Sentado en el umbral de su casa, el poeta verá pasar el cadáver de la última estética". Del espiritismo, que es un buen sistema para correr muebles sin changador. De Dios, que para estar en comunicación con él no hace falta ir a la iglesia. Y de la Iglesia, que le revolvía el estómago. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

María Granata

La tremenda carga telúrica de *Antígona Vélez* es otra de las expresiones de esta consubstanciación del hombre con la tierra. Y es acaso este arraigo lo que en mayor grado determina que él libre continuas batallas contra lo que ataca lo esencialmente nacional, y consecuentemente, contra la deshumanización, la injusticia y toda clase de discriminación que aherroje al hombre. Iracundo, con la ira de los justos, o rabelaisiano, convertido en un turbión, o infinitamente sereno, es siempre un combatiente. Vivió preocupado por el acaecer político de nuestra patria y en el sucederse de las distintas épocas tomó posiciones nítidas, definidas. Fue como si sintiese que quien no libra de una u otra manera una batalla en defensa de valores humanos, siempre enaltecidos en su obra, sea cual fuera el frente elegido, pierde toda coherencia, se desvanece. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

Eduardo Romano

En cuanto a las contradicciones entre "la acción" y "el parnaso teórico de ideas", testimonia la forma como encaró Marechal su participación política, desde integrar el Comité Pro Candidatura del Coronel Perón y redactar unos veinte monólogos humorísticos para la campaña radial previa a las elecciones de 1946, hasta su incorporación como funcionario del nuevo gobierno en la Dirección General de Cultura, primero, y en la Dirección de Enseñanza Superior y Artística, luego.
Dentro de ese marco deben ubicarse las colaboraciones, sobre todo poéticas, de Marechal en *La Prensa* cegetista. Sin abandonar, por supuesto, los fundamentos de su posición religiosa y filosófica cristiano-medieval, supo adaptarlos a las circunstancias de asumirse como intelectual orgánico del peronismo y toda adaptación integral supone un ejercicio dialéctico superador. Ese suplemento, en efecto, nada tenía en común con las publicaciones periódicas en las que había participado durante la década del 30: *Sur* y *Sol y Luna* pero sobre todo la sectaria *Ortodoxia,* órgano de los "cursillistas" (miembro de los Cursos de Cultura Católica). (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

Bernardo Ezequiel Koremblit

El día de octubre que lo fui a buscar para que fuésemos juntos al entierro de nuestro común amigo (nada común) Horacio Rega Molina (el 25, de 1957, como si dijéramos ayer), en tanto viajábamos le dije que había recibido una carta de Rafael Cansinos Assens, el maestro ultraísta al que amábamos sin declinaciones, en la que me decía que le gustaban más los versos de Ricardo Molinari que los de Rafael Alberti. "Qué coincidencia –acotó Marechal–, a Ricardo Molinari también". Por último, que no es lo último, pues tratándose de las godibles pero a la vez atinadas salidas del lúdico Leopoldo, plenas de acertado juicio crítico –compartí con él la actitud de no tomarle el pelo a quien no fuese *pelitomable*– (…) Le dije que entendía y aprobaba su amistad y afecto por Bernardo Verbitsky, pero que tenía la certidumbre de que no apreciaba su literatura en la misma medida que estimaba su persona. El implacable Marechal fue esta vez impecable como un caballero: ponderó las dotes personales del amigo nombrado pero nada dijo acerca de mi certidumbre… Dejé fuera de la conversación y de mis juicios literarios a Bernardo Verbitsky, de quien



detestaba sus estomagantes lugares comunes (…) y sus frases de confección, y nombré a otros colegas del par e imparnaso nacional, que, no siendo amigos de Marechal como en verdad lo era Verbitsky, permitió que se animara a decir, con un aire distraído y como quien se expresa al desgaires mientras enciende un fósforo: "En esos casos y ante esos poetas y escritores, no soy Leopoldo Marechal que te quiere y admira sino sólo y apenas Leopoldo Marechal, ya lo sabes, Leopoco". Comprendí entonces cuál era su opinión sobre la obra de Bernardo Verbitsky, pero al mismo tiempo columbrando que la fidelidad debida al amigo no le permitía manifestarla. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

Marcelo Intili

Yo conocía a Marechal como escritor, pero estaba en pleno juego del amor y la resistencia porque el peronismo no había podido ganar mi simpatía. Y me preguntaba cómo este señor podía ser peronista siendo tan inteligente. (…) Cuando terminé el trabajo del discurso y limpié las hojas con mi inseparable goma de borrar, volví con el material ya bien prensado y prolijo al salón de actos, pero al abrir la puerta, me sorprendió ver a Marechal –estoy mirándolo como en un sueño– caminando sobre la mesa y ante empleados de distintas jerarquías, hacer la parodia de D'Artagnan o del León de Francia, porque se paseaba con aire triunfal enarbolando en su diestra la pipa y a la que supuestamente debíamos imaginar una espada o una lanza –como fue en mi caso imaginar. Fueron unos minutos, porque mientras hacía estas pantomimas recitaba, con ciertos arrebatos líricos, un poema épico que yo desconocía, aunque tenía para mí que estaba improvisando. Luego, mordió la boquilla de su pipa corva, apoyó una mano en la mesa y saltó al piso. Todo sin afectación, muy cordial, una escena casi cotidiana, no sé, pero que ya había quedado atrás. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

María de los Ángeles Marechal

El hogar de Marechal en Villa Crespo

Recuerdo la vuelta de su viaje a Europa, de donde me trajo, entre otras cosas un porroncito de cerámica que todavía conservo; lo veo en el fondo de la Iglesia de San Bernardo, la del Cristo de la mano rota, cuando junto con mi madre espera mi paso emocionado de comulgante primeriza; o en el primer banco de la Iglesia de la Piedad el día de mi casamiento, dando valor con su sonrisa a mis piernas temblorosas; vuelvo a estar en el mismo palco del teatro donde le entregaron uno de sus premios o lo siento conversando con la vieja Chacharola, la auténtica, a la que hacía hablar contando una y otra vez la historia que figura en su libro.

Años más tarde, sin desearlo, perdí contacto con él. Supe, sí, del tardío reconocimiento de su maravilloso *Adán*, del éxito del *Banquete* y de la repercusión americana e internacional de su obra. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

León Benarós

Semblanza de Leopoldo Marechal

En muchos aspectos de la realidad nacional y de la literatura, Marechal tuvo una visión propia y distinta. Particularmente interesante es su interpretación de *Martín Fierro.* El personaje vive en un orden tradicional, armónico, del que lo desplaza cierta concepción del Progreso que lo posterga y margina.Marechal reflexiona: "Martín Fierro es el hombre de la rebeldía, porque es el hombre de la lealtad. ¿Lealtad a quién? A la esencia de su pueblo, al estilo de su pueblo, al ser nacional, amenazado y confundido".

"Lo que podemos afirmar –expresa Marechal– es que al rescatar a la mujer cautiva, empieza ya el rescate de la Patria, y que la Patria misma es la que vuelve con él a la frontera, y que vuelve a la acción desde su destierro, y montado en un caballo que será eternamente un símbolo de la traslación y el combate". (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)



• "Leopoldo Marechal vio Cuba con los ojos de un 'viejo cristiano y justicialista'", *El Descamisado*, Año I, n.° 7, Buenos Aires, 3 de julio de 1973 (tapa e interior). • "Ela Marechal: a través de las lágrimas", *Extra*, Año VI, n.° 61, Buenos Aires, agosto de 1970. • "Elbiamor reporteada", *Gog y Magog*, Año I, n.° 1, Buenos Aires, octubre de 1978. • "Marechal y su barrio", *Todo es Historia*, n.° 275, mayo de 1990. • "Leopoldo Marechal: el dolor de la Patria", *Dinamis*, Año V, n.° 59, Buenos Aires, agosto de 1973. • Juan Arabia, "Leopoldo Marechal", *Megafón. Revista*, n.° 1, Buenos Aires, Septiembre-Octubre 2007. • "Una novela de Leopoldo Marechal. *El Banquete de Severo Arcángelo*", *Ulises*, Año I, n.° 11, Buenos Aires, segunda quincena de noviembre de 1965. • Ernesto Goldar, "A dos años de su muerte. El orbe novelístico de Leopoldo Marechal", *Primera Plana*, Año X, n.° 491, Buenos Aires, 27 de junio de 1972. •



Horacio Salas

El acopio erudito de la mítica y la historia le sirvió para mostrar que el destino del hombre (aparentemente limitado) es similar al de los prestigiosos dioses que tuvieron el Olimpo por domicilio habitual. Con Leopoldo los parientes de Zeus veían reiteradas sus biografías, sus hazañas y también sus caídas, en el paisaje de Villa Crespo o Colegiales. La vida argentina era una batalla, como lo había sido desde el comienzo de la historia (él lo supo en carne propia) pero entendió que ese combate también debía librarse en el plano celeste. Y la evolución de ese enfrentamiento muestra como en un espejo el desarrollo de su propia novelística, pero además encierra la metáfora de la historia y el destino del país cuya última proyección invita a los argentinos a continuar la búsqueda del falo del Autodidacto, el Oscuro de Flores o más sencillamente Megafón, que anda escondido por ahí y que –como está visto– todavía no aparece, acaso porque, como propone Marechal en el *Heptamerón*, no hay que hablar de la patria, sino pensar en ella. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)

Noé Jitrik

Marechal ha descubierto que es preciso quitar el velo que cubre la ordinariez del hombre para hacer estallar la gloria de su humanidad.

(…) En otras partes [de *Adán Buenosayres*] el lenguaje se hace grandilocuente, enfático, da la impresión que el propósito no ha sido gobernado (…) Pero no es esa la decepción mayor. Frente a estas caídas uno puede preguntarse por qué. Hay varias respuestas inmediatas. La más generosa es que Marechal vendría a cumplir funciones sacrificadas y dolorosas de los casi precursores, es decir que, sabiendo o sintiendo qué es lo que correspondía hacer no lo realizó por falta de madurez, extraviándose en la maraña de las intenciones. La menos generosa es que no le estaba reservada, por falta de tensión personal, la gloria de la inauguración de una nueva literatura, insuficiencia que explica sus constantes pedidos de auxilio lanzados a las fórmulas antiguas o los recursos o las soluciones fáciles. Pero sin ir a razones cuya demostración exigiría un puntual examen estilístico fuera de lugar aquí, convendrá hablar de otra fuente de distorsiones y equívocos: los prejuicios.

No sé cuál de los prejuicios ha gravitado más en la conciencia del autor. Reconozco, por mi parte, la presencia de tres especies que se han aliado bien para integrar un sistema que cuando actúa limita su audacia y su libertad creadora. Las tres especies son: los prejuicios católicos, los prejuicios nacionalistas y los prejuicios personales. (*Contorno,* n.° 5-6, septiembre de 1955.)

Tomás Eloy Martínez

Después de Adán, sólo *Rayuela* de Julio Cortázar alcanzó a transformar esos supuestos injertos en material dramático valioso. (…) Pero la clave está en el lenguaje, como se ha dicho, y es allí, en ese territorio hasta hace poco tan arisco para los argentinos, donde Marechal se revela como un maestro. Su idioma es el que puede oírse en cualquier esquina de Buenos Aires: está teñido de giros zumbones, de invenciones lunfardas, del barullo, la torpeza y la calidez que crecen en las conversaciones cotidianas. Pero ese idioma está elaborado también a partir de un hecho que no puede perderse de vista: quien lo recrea es un poeta, uno de los líricos más formidables que haya tenido la Argentina, y, además, un humorista con la suficiente humildad como para farsarse de sí mismo. Esas dos napas estilísticas resaltan muy claramente cuando Marechal quiebra un discurso solemne y almidonado con un chiste, con un giro grotesco: “El Monstruo Humano –ensaya Papageorgiou en el Primer Concilio– es un animal omnívoro que traga y asimila todo su mundo con el aparato digestivo de su cuerpo mortal y el aparato digestivo de su alma inmortal. Cierto mediodía se lo dije a Quinquela, y lloró de ternura; se lo dije a Filiberto, y me llamó *colifato*”.



La gracia está en que las cadencias de la escritura corresponden siempre a las cadencias del relato. Si se leen dos páginas sueltas, el estilo deja una misma impresión de sincera insinceridad: los insultos suenan a juegos retóricos, los discursos a desplantes estadísticos. Es en el contexto donde cada frase encuentra su justificación: las palabras puestas en boca de Gog y Magog son invariablemente exasperadas, casi irreales, pero a la vez apegadísimas al lenguaje lumpen de Buenos Aires, las de Severo, detrás de su hipócrita mansedumbre, retumban con la histeria que se atribuye a las burguesías industriales en ascenso. (*Primera Plana*, n.° 155. Buenos Aires, 26 de octubre-1° de noviembre, 1965.)

Raúl Matera

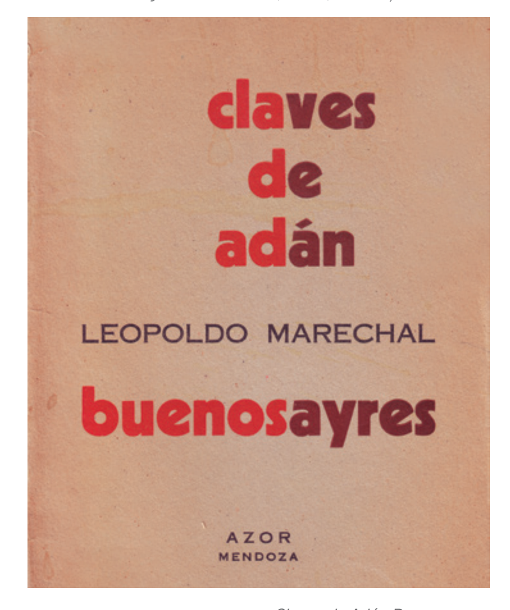
Leopoldo ha sido el ciudadano-novelista y el ciudadano-poeta, es decir, el ciudadano-artista por antonomasia, en el libro y en su propia vida. Aquí venimos a rendirle justo homenaje, puesto que ninguno de sus amigos imaginamos un desagravio a su memoria. Nada de desagravios, señoras y señores, a quien nos contempla desde arriba, con la misma ironía que gasta aquí, en la tierra, frente a los pedantes y a los poseídos de omnipotencia.

Graciela Maturo

Suma y síntesis novedosa del itinerario biográfico, formación filosófica y convicciones ético políticas de su autor. *Adán Buenosayres* rescataba la tradición del modo más legítimo y profundo, es decir haciéndola actual por una transformación de la conciencia. Hablamos de tradición como vector de sentido y no, desde luego, como depósito de verdades estereotipadas. A partir de esta perspectiva, el proceso de la Modernidad, que tiene su arranque en el Renacimiento europeo –aunque sus raíces se hallan en la mayéutica griega–, cumple una etapa audaz y prometeica que puede ser considerada como fractura de la tradición, o bien como su realización en una fase negativa, también incorporada a ella.

En igual sentido se encamina la experimentación meramente formal de Macedonio Fernández, iniciador de nuestra “nueva novela”.

Con su especial manera de conjugar frenesí dionisíaco y la inteligencia lúdica, Leopoldo –que leyó a Joyce en la versión francesa– habla de crear su propio Ulises, más próximo al de Homero que al de Joyce. (Leopoldo Marechal, Julio Cortázar, Adolfo Prieto y Graciela de Sola –Graciela Maturo–, *Claves de Adán Buenosayres*. Mendoza, Azor, 1966.)



Claves de Adán Buenosayres,
Buenos Aires, Azor, 1966.

Ernesto Sabato

Pasará a la historia de la lengua castellana como insigne hito de la poética y la narrativa. A ese monumento que le tiene reservado el tiempo no se le pueden arrojar bombas de alquitrán, y ha de ser invulnerable al insulto, la ironía, la envidia y el silencio: esos premios que con harta frecuencia los hombres de letras de nuestro país confieren a los que deberían honrar.

Ansioso desde su juventud por la justicia social, Leopoldo Marechal fue desde la primera hora un peronista consecuente. No obsecuente, como



jamás lo son los espíritus grandes, y bastaría recordar que en 1951 fue separado del cargo que tenía. En virtud de ese imperdurable defecto de nuestra herencia hispánica, su militancia le valió enemistad, rencor y silencio: un silencio poderoso y siniestro, apenas quebrado por algunos intelectuales que, por encima de sus discrepancias políticas, reconocieron en él uno de los más grandes escritores argentinos. Se le calificó de resentido, de vanidoso que pretendía ser genio, de engreído y hasta de tomista; como si compartir ideas de Santo Tomás pudiese ser motivo de desprecio. Un eminente hombre de letras lo calificó, para colmar la horrenda medida, de delincuente. (Palabras pronunciadas por Ernesto Sabato en el "Homenaje a Leopoldo Marechal", llevado a cabo en la Universidad de Belgrano el 20 de julio de 1978.)

Juan Carlos Ghiano

Marechal, el más sabio en construcciones de los poetas argentinos actuales, ha probado diversas imposiciones, salvando las más incitantes facilidades. Temáticamente impuesto sobre lugares y hechos de tierra, ha impreso en ellos una prestancia heráldica que lo singulariza en línea especial de la poesía americana. Es, sin duda, nuestro más representante barroquismo americano, en el cual luchan violencia y contención, desenfreno y medida, mostración poética de los motivos en que parece satisfacerse su maestría. (En el prólogo a la *Antología poética*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, Colección Austral, 1950.)

David Viñas

Ocurre que si alguien ha zigzagueado con sus andaduras en las zonas de la marginalidad y la heterodoxia (aun en sus inflexiones más cuestionadas de funcionario) fue Leopoldo Marechal. Dos cosas para tratar de entendernos: en esta Argentina donde numerosos y vehementes escritores "suben al caballo" por la izquierda para descender plácidamente por el lado opuesto, Marechal trazó un ademán a contrapelo. Una. Y dos: cuando yo lo conocí en Cuba, allá por 1966, pude verificar desde bastante cerca en qué consiste lo concreto y lo cotidiano de un intelectual que se va definiendo dramáticamente al descubrirse *fuera de lugar* en casi todas las madrugadas.
En lugar del monumentalismo lugoniano que retumbaba en la "primogénita ilustre del Plata", Marechal fue prefiriendo el barrio fragmentado de Evaristo Carriego. Entre la *grandeur* y la confidencia optó más y más por la saliva, la vecindad y los hornos de ladrillo encendidos al bajar la noche entre los altares de Babilonia. "Menos mal", aunque se insinúen discrepancias. Porque si alguna de sus vertientes se había exaltado un miércoles de ceniza con Santa Rosa de Lima, las camisas azules o con Bocángel y Unzueta, también fue penetrado al bies por la amistad exasperada de las pinturas de Spilimbergo. (*Leopoldo Marechal. Homenaje*. Buenos Aires, Corregidor, 1995.)



Carlos Panza
San Bernardo
Concurso fotográfico "Los lugares de *Adán Buenosayres*", 2000



Guillermo Saccomanno

Aún cuando Marechal no dispone de la consagración canónica, su literatura, como la de Arlt, sigue rebelándose contra las lecturas prolijas, con rango universitario. Tanto Arlt como Marechal no fueron ni solemnes ni serios. Este rasgo habla de una diferencia: la oposición a las normativas del poder, la elección de una cierta solidaridad antes que el elitismo sobrador o el sufrimiento redencionista. (Suplemento "Radar", diario *Página/12*, 27 de julio de 2008.)

Graciela de Sola

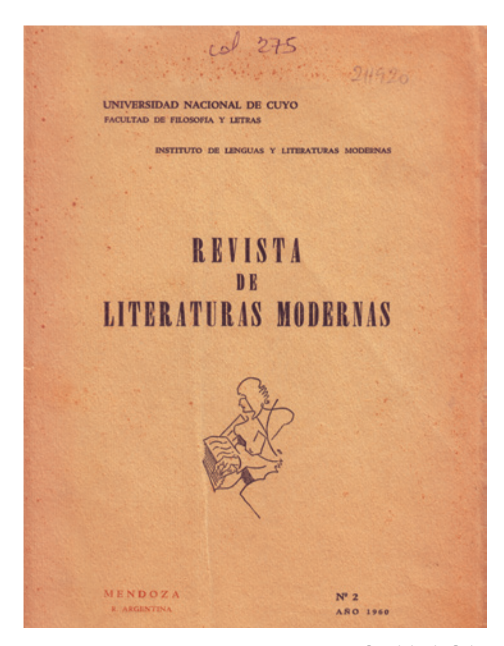
Marechal no se limita a mostrar la realidad del país; mejor dicho, casi nunca muestra escuetamente, ya que su visión está en unos casos impregnada de lirismo emotivo, y en otros, más frecuentes, resbala por la pendiente de la más aguda sátira. Esta sátira abarca todos los aspectos de nuestra realidad histórico-social.

Marechal se muestra capaz de imponer circunstancias históricas reales, tanto desde la perspectiva individual como social. Por encima de un negativo quietismo, parcial en su denuncia de nuestras limitaciones, ensaya este autor una actitud vital, condenatoria del fetichismo y de falsas angustias basadas en la soledad o la inferioridad del argentino. ("La novela de Leopoldo Marechal: *Adán Buenosayres*", *Revista de Literaturas Modernas*, n.° 2, 1960.)

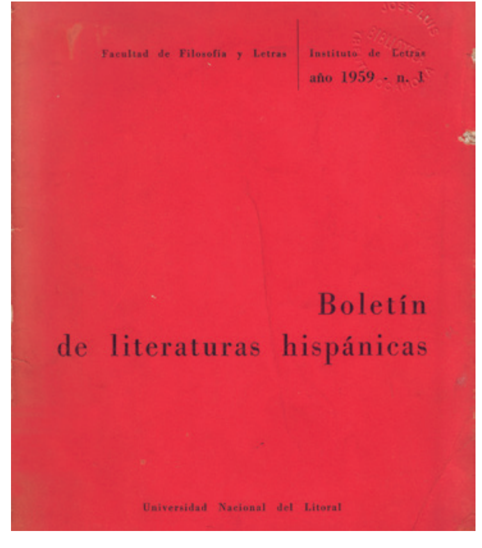
Adolfo Prieto

Adán Buenosayres impresiona, a primera vista, como una novela compleja, de intrincada trabazón y propósito ambiciosos. No cuesta reconocer que, en conjunto, es una de las obras más interesantes y valederas de la literatura argentina contemporánea. Puede afirmarse, sin escándalo, que algunos capítulos son de una fuerza verbal estupenda sin ejemplo desde el meteoro deslumbrante de Quevedo.

(*Boletín de literaturas hispánicas*, n.° 1. Rosario, Instituto de Letras, 1959.)



Graciela de Sola,
"La novela de Leopoldo Marechal: *Adán Buenosayres*",
Revista de Literaturas Modernas, n.° 2, Buenos Aires, 1960.



Adolfo Prieto,
"Los dos mundos de *Adán Buenosayres*",
Boletín de literaturas hispánicas,
Universidad Nacional del Litoral, n.° 1, Buenos Aires, 1959.


ELBIA ROSBACO MARECHAL
MI VIDA CON LEOPOLDO MARECHAL
LETRAS ARGENTINAS PAIDOS
1
Palabras con Leopoldo Marechal
2
PINOS NUEVOS
ERNESTO SIERRA
La doble aventura de Adán Buenosayres
3
4
GASPAR PÍO DE
MARE
Un dolor... un vient
JAVIER DE NAVASCUÉS
ADÁN BUENOSAYRES
UNA NOVELA TOTAL
(Estudio Narratológico)
7
8
MOTIVO CLASIC
Y NOVEL
9
Valentín Cricco - Nora
Nilda Paladino - Ni
La escritura testada de Adán B
10
Beatriz A. de Lambruschini
Antígona Revive en Antígona Vélez
11
Daniel Barro
LEOPOLD
poeta argent
17
Universidad Nacional de Lanús
MARISA E. MARTINEZ PERSICO
16
LEOPOLDO MARECHAL
ENTRE SÍMBOLO Y SENTIDO
14
LEOPOLDO MARECHAL
ARGENTINOS EN LAS LETRAS
por Rafael Squirru
The TriQuarterly Anthology of
15
DUTTON PAPERBACK $3.95 in Canada $4.75
23
EMIR RODRIGUEZ MONEGAL
NARRADORES DE ESTA AMERICA (t.1)
EDITORIAL ALFA ARGENTINA
24
Leopoldo Marechal - Carnavales porteños - Tennessee Williams
Cines de barrio - Miguel Hesayne
Marcos Mayer - Teresa Anchorena
Antonin Artaud
20
LA MAGA
Ser argentino
PANORAM
NOVIEMBRE 1966
VIDA CARA:
21
CAPITULO
la historia de la litera
47
La novela experimental: Marechal
22



(1) Elbia Rosbaco Marechal, *Mi vida con Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Paidós, 1973. **(2)** Alfredo Andrés, *Palabras con Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Carlos Pérez Editor, 1968. **(3)** Ernesto Sierra, *La doble aventura de Adán Buenosayres*, La Habana, Letras cubanas, 1996. **(4)** Carlos Velazco, *La ciudad mística. El hermano Pedro en la vida y en la obra de Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Municipalidad de Tres de Febrero, 2010. **(5)** Gaspar Pío del Corro, *Marechal. Un dolor… un viento… una guerra*, Buenos Aires, Ediciones del Copista, Biblioteca de Estudios Literarios, Vol. VII, 2006. **(6)** Eduardo Juan Güimil Ríos, "Marechal: cronista de dos batallas", *Hechos e Ideas*, Año 2, n.° 8, Buenos Aires, enero-abril de 1975. **(7)** Javier de Navascués, *Adán Buenosayres. Una novela total (Estudio Narratológico)*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1992. **(8)** Ángel Vilanova, *Motivo clásico y novela latinoamericana*, Buenos Aires, Solar, 1993. **(9)** Valentín Cricco, Nora Fernández, Nilda Paladino y Nidia Piñeyro, *Marechal el otro. La escritura testada de Adán Buenosayres*, Buenos Aires, Ediciones de la Serpiente, 1985. **(10)** Beatriz Lambruschini, *Antígona Revive en Antígona Vélez*, Paraná, Editorial de Entre Ríos, 1995. **(11)** María Celia Vázquez, *Intervenciones intelectuales en el contexto del peronismo clásico*, Buenos Aires, REUN, 2011. **(12)** "Los cien años de Leopoldo Marechal", *Proa*, Buenos Aires, septiembre-octubre de 2000. **(13)** Graciela Maturo, *Marechal, el camino de la belleza*, Buenos Aires, Biblos, 1998. **(14)** Rafael Squirru, *Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, 1961. **(15)** Dutton Paperback, *The Triquarterly Anthology of Contemporary Latin American Literature*, Nueva York, E. P. Dutton, 1969. **(16)** Roxana Asís, Pedro Baquero Lazcano, José Camaño Landaeta, José Ramón Pérez, Daniel Teobaldi y Jorge Torres Roggero, *Leopoldo Marechal. Entre símbolo y sentido*, Córdoba, Del Copista, 2004. **(17)** Marisa E. Martínez Pérsico, *La República de Leopoldo Marechal, Buenos Aires*, Universidad de Lanús, 2004. **(18)** Daniel Barros, *Leopoldo Marechal. Poeta argentino*, Buenos Aires, Guadalupe, 1971. **(19)** Guillermo Ara, *Los argentinos y la literatura nacional*, Buenos Aires, Huemul, 1966. **(20)** Judith Gociol, "Marechal por completo", *La Maga*, Año 6, n.° 321, Buenos Aires, 11 de marzo de 1998. **(21)** "Demorado suceso de una notable novela argentina", *Panorama*, Buenos Aires, noviembre de 1966. **(22)** Núñez y A. Prieto, "La novela experimental: Marechal", *Capítulo. La Historia de la Literatura Argentina*, n.° 47. **(23)** Emir Rodríguez Monegal, "El poeta y la ciudad", *Narradores de esta América*, Buenos Aires, Alfa Argentina, 1976. **(24)** Roberto Retamoso, *Realismo y metafísica en Roberto Arlt, Macedonio Fernández y Leopoldo Marechal*, Buenos Aires, Fundación Ross, 2013. **(25)** Graciela Coulson, *Marechal. La pasión metafísica*, Buenos Aires, García Cambeiro, 1974. •

Cartas

De Julio Cortázar a Graciela Maturo

París, 16 de julio de 1964

(…) Me alegro de que le haya gustado mi reseña de *Adán Buenosayres*. Hay una serie de anécdotas divertidas en torno a esa reseña. La primera es la serie de insultos telefónicos que me tocó escuchar cuando se publicó. Las razones políticas del momento cegaban a los mejor pensantes y aún hoy no entiendo bien cómo *Realidad* se animó a publicar esa nota; creo que la personalidad de Francisco Ayala se impuso contra el escándalo y hasta la cólera de otros miembros del comité de redacción. Aunque yo había cuidado de deslindar muy bien los terrenos, tuve que oír anónimas injurias, en que de nazi para arriba me dijeron todo lo que se les ocurría. En ese coro de ranas grotescas había tema para varios capítulos más de *Adán*… Me acuerdo también de que en ese entonces me dolió un poco que Marechal no me hiciera saber su opinión sobre mi crítica. Pero supongo que también él estaba un poco contaminado por los problemas del momento.

(*Claves de Adán Buenosayres*, Mendoza, Azor, 1966.)



De Jorge Luis Borges a Leopoldo Marechal

(Sin mención de fecha. c. 1926)

Querido Leopoldo:

La felicitación pública por tus *Días como flechas* la hará (según decisión de Evar) nuestro gran Don Ricardo; y no quiero dejar de felicitarte privadamente. Tu libro, tan huraño a mis preconceptos, teorías y otras intentonas pretenciosas de mi criterio, me ha entusiasmado. No te añado pormenores de mi entusiasmo, para no plagiarte, pues todavía estoy en el ambiente de tus versos leídos y releídos. Sin embargo ¡qué versos atropelladores y dichosos de atropellar, qué aventura para la *sentada* poesía argentina!

Vuelvo a felicitarte y me voy.

Jorge Luis

De Roberto Arlt a Leopoldo Marechal

Buenos Aires, octubre 30 de 1939

Querido Leopoldo:

Te escribe Roberto Arlt.

He leído en *La Nación* tu poema “El Centauro”. Me produjo una impresión extraordinaria. La misma que recibí en Europa al entrar por primera vez a una catedral de piedra. Poéticamente sos lo más grande que tenemos en habla castellana. Desde los tiempos de Rubén Darío no se escribe nada semejante en dolida severidad. He recortado tu poema y lo he guardado en un cajón de mi mesa de noche. Lo leeré cada vez que mi deseo de producir en prosa algo tan bello como lo tuyo se me debilite.

Te envidio tu alegría y tu emoción.

Que te vaya bien.

R. Arlt.



De Mujica Lainez a Elbia Rosbaco

La "puerca política" nos distanció un tiempo, cegándonos (…) más no bien se aclaró el horizonte y comenzamos a ver de nuevo en la bruma, nos "redescubrimos", intactos, y comprendimos cuánto más valían la consideración y el respeto mutuo que no habían cesado de arder, como un rescoldo, que el azar de las circunstancias pasajeras, tan distantes en el fondo, de nuestras respectivas obras, las cuales serán al fin y al cabo, lo que quedará de nosotros. Me duele su muerte, mucho mucho. Me había acostumbrado a encontrarlo (…) y, ahora, cuando deba regresar pasajeramente a Buenos Aires (…) su ausencia me probará que ya no es la misma nuestra ciudad.

Manuel Mujica Lainez

De Leopoldo Marechal a Elbia Rosbaco

Madrid, 19 de noviembre de 1948

(…) España me ha recibido, lógicamente, más como poeta que como funcionario, de modo que abundan las crónicas periodísticas, los reportajes, las charlas radiotelefónicas, las charlas, etc.
(…) Flequillo mío, no te inquietes por mí: mi gripe fue un trancazo muy frecuente en área del Guadarrama. Yo estoy macanudo, mejor que antes. Te recuerdo sin cesar: acaso te llamé en mi delirio, no lo sé, porque de noche estaba solo.
(…) Chocha, Chochín, Chochón, ¿Sabes que te adoro? No lo sabes. Pues lo sabrás. A pesar de tantos halagos, estoy ardiendo porque llegue el 12 de diciembre. ¡Qué hermosa es la patria, sobre todo si en ella tiene uno todos sus amores!

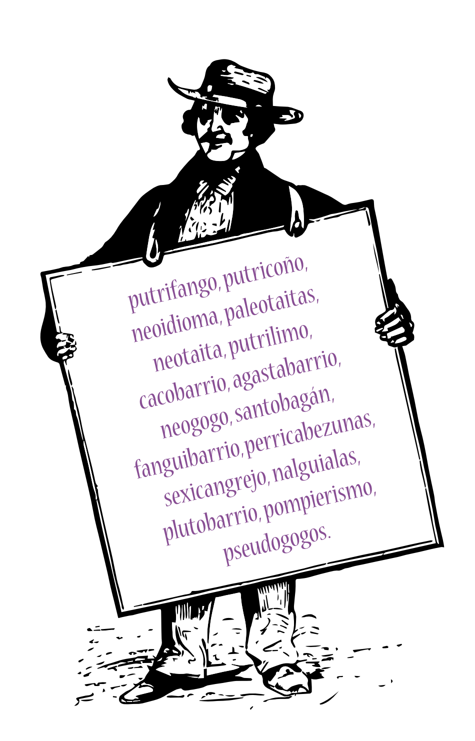
Leo

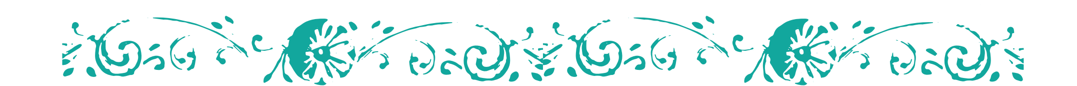
De Julio Cortázar a Leopoldo Marechal

París, 12 de julio de 1965

Me divierte pensar que Horacio Oliveira se ha juntado alguna noche con el grupo de porteños que vagan por los suburbios, y que lo han recibido como a un amigo. Me divierte y me conmueve imaginármelo junto a ellos asistiendo al glorioso encuentro del Taita Flores con el malevo Di Pasquo, saboreando hasta las lágrimas el zapatillazo del pesado Rivera en la cabeza de Samuel Tesler. No cualquiera, creo, tiene entrada al velorio del pisador de barro. Yo agradezco por Horacio, y miro por sobre su hombro.
Hasta siempre Marechal, con un gran abrazo de su amigo.

Julio Cortázar
(*Crisis*, Buenos Aires, octubre de 1986)





Presidenta de la Nación Cristina Fernández de Kirchner
Ministra de Cultura de la Nación Teresa Parodi

Biblioteca Nacional Mariano Moreno
Director Horacio González
Subdirectora Elsa Barber
Directora del Museo del libro y de la lengua María Pia López
Directora Técnico Bibliotecológica Elsa Rapetti
Director de Administración Roberto Arno
Director de Cultura Ezequiel Grimson

Equipo de realización y producción
Curaduría Guillermo David. **Investigación** María Fernanda Olivera y Guillermo David. **Diseño gráfico** Valeria Gómez, Véronique Pestoni y Luisina Andrejerak. **Montaje** Christian Torres, Adriana Roisman, Alejandro Muzzupappa y Andrés Girola.

Dirección de Cultura
Margarita Ardengo, Daniel Campione, Bárbara Maier, Vera Taborda, Alejandro Virué, Magdalena Calzetta, Martina Kaplan, Bruno Basile, Manuel Valverde.
Coordinación de Estudios e Investigaciones
Roberto Casazza, Lucía Casasbellas, Gustavo Míguez, Tomás Schuliaquer, Nicolás Reydó, Eugenia Santana Goitia, Florencia Ubertalli, María Fernanda Olivera.
Área de investigaciones biblio-hemerográficas
Cecilia Larsen, Patricia Castro, Guillermo David, Evelyn Galiazo, Verónica Gallardo, Ana Lucía González, Emiliano Ruiz Díaz, Solana Schvartzman, Andrés Tronquoy.
Departamento de Producción
Martín Blanco, Valeria Nadra, Juliana Vegas, Pamela Miceli, Gabriela De Sa Souza, Carla García Buforn, Diana Rivas.
Área de Diseño Gráfico
Luisina Andrejerak, Valeria Gómez, Santiago Fanego, Ximena Escudero, Daniela Carreira, Máximo Fiori, Samir Raed Ahumada, Véronique Pestoni, Juan Martín Serrovalle.
Departamento de Comunicación
Ximena Talento, Laura Romero, Natalia Bellotto, Martín Ponce, Diego Vega, Marcelo Huici, Isabel Larrosa, Silvina Colombo, Mariano Molina, Abelardo Cabrera, Ignacio Torres, Ana Da Costa, Osvaldo Gamba, Susana Szakváry, Lucía Gómez Muñoz, Gastón Francese.
Departamento de Relaciones Públicas e Institucionales
Carlos Bernatek, Christian Torres, Susana Fitere, Adriana Roisman, Alejandro Muzzupappa, Andrés Girola, Gonzalo Garabedian, Alejandro Álvarez Rodríguez, Valeria Agüero, Vanesa Sandoval, Mariela Gómez, Pablo Hounie, Pablo Cecchi, Jimena Maetta, Juan Argüello, Úrsula Aníbal, Solange Porto, Valeria Gilaberte.
Prensa Amelia Sara Laferriere, Juan Martín Sigales, Maximiliano Canda, Nicolás Martins.

Agradecimientos A María de los Ángeles Marechal y a María Magdalena Marechal. A Susana Arenz, directora del Archivo Documental del Instituto Nacional de Estudios de Teatro, y al Archivo Histórico del Teatro Nacional Cervantes.


Leopoldo Marechal